
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
UN SOPLO DEL MÁS ALLÁ
SILVER KANE

«Echó un poco la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¿Por qué tenía miedo?

¿Qué era lo que sentía?

Durante mucho tiempo había estado luchando contra aquel sentimiento, pero ahora ya resultaba inútil negarlo: TENÍA MIEDO. Fue a la biblioteca y retiró el libro que durante semanas había constituido su pesadilla, su obsesión y al mismo tiempo también su felicidad más secreta».



Silver Kane

Un soplo del Más Allá

Bolsilibros: Selección Terror - 160

ePub r1.0
xico_weno 04.09.16

Título original: *Un soplo del Más Allá*
Silver Kane, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El recuadro negro en primera página decía:

> «*Mademoiselle* Giselle Artois ha fallecido cristianamente a los veinte años y dos días de edad. Los funerales de *corpore insepulto* tendrán lugar, en la más estricta intimidad, en la iglesia de la Plenitude, a las nueve de la noche de hoy».

El hombre dejó el periódico con expresión preocupada y volvió a leerlo mientras hacía un gesto de consternación. No sabía que Giselle Artois estuviera en París, y mucho menos que hubiese caído enferma. Por supuesto que la noticia de su muerte resultaba desoladora para él. Porque Pierre Lacombe había estado enamorado en otro tiempo de la madre de Giselle, y muchas veces se le había ocurrido pensar que Giselle pudo ser hija suya. Por ello, ante la noticia que acababa de leer, sintió como si le hubieran asestado un mazazo en plena cabeza.

Dejó el periódico sobre una butaca.

Pierre Lacombe era un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, bien constituido y conservando todavía un cierto aire joven, pero ahora parecía haber envejecido varios años en unos minutos tan sólo. Miró con gesto desolado su taller de pintura, su estudio, donde nunca admitía visitas que no fueran profesionales y donde había retratado con sus pinceles a las mujeres más famosas o más ricas de Francia, aparte algunas de las más bellas. Pero ahora todo eso le parecía muy lejano, como si fuera un hombre definitivamente acabado.

Aquella soledad que antes no le había importado, y que en cierto modo le hacía feliz, se le antojó insoportable y agobiante. Era un

hombre muy metódico que siempre salía a la misma hora, tomaba sus comidas en el mismo sitio y leía un solo periódico, que le era enviado a hora fija. Ese periódico, el derechista L'Aurore, era el que había publicado en primera página la noticia de los funerales.

Echó un poco la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¿Por qué tenía miedo?

¿Qué era lo que sentía?

Durante mucho tiempo había estado luchando contra aquel sentimiento, pero ahora ya resultaba inútil negarlo: TENÍA MIEDO. Fue a la biblioteca y retiró el libro que durante semanas había constituido su pesadilla, su obsesión y al mismo tiempo también su felicidad más secreta.

Miró el título, aunque no lo necesitaba. Hubiera podido recordarlo incluso después de la muerte: Historia de la familia Fantome. La palabra «Fantome» es fantasma, o sea, que podía referirse a la historia de una familia fantasma, de una familia que no había existido, pero en este caso «Fantome» se trataba de un apellido y que, además, había sido uno de los más viejos de Europa. Todavía había un castillo en Francia que ostentaba su escudo. Con gesto pensativo y mientras temblaban sus dedos, Pierre Lacombe fue pasando las páginas una a una.

Las pinturas y grabados que representaban a los miembros de la familia parecían perderse en la noche de los tiempos. Un tal Eleazar Fantome ya había combatido en las Cruzadas al lado de Pedro el Ermitaño; un tal Gustave Fantome había caído prisionero con Francisco I en la batalla de Pavía; un tal Luc Fantome había sido ministro cuando se firmó la Paz de Westfalia; Samuel, Pierre y Arístides Fantome habían sido obispos; de Salomón Fantome se decía que había muerto tratando de salvar de la guillotina a la reina María Antonieta; Cristine Fantome había sido fundadora de una orden religiosa para damas nobles y se habló en el siglo XIX de elevarla a los altares; en contraste, María Fantome fue discípula del presunto ateo Renán; Louis, Marc y Michel Fantome habían sido altos consejeros y ministros durante la República, incluso hasta la época de De Gaulle.

Una gran familia que estaba profundamente enraizada en la

historia de Francia. Desde altos militares a profundos sabios, desde religiosos hasta diplomáticos, los Fantome lo habían sido todo. Lástima que en el país ya no se hablara de ellos, porque las ramas de la familia estaban extinguidas. El propio Pierre Lacombe había tenido que adquirir aquel libro por casualidad en los muelles del Sena, concretamente en el Quai de Conti, puesto que ya no se publicaba nada sobre la gran familia. La gente se preocupaba de otras cosas, y sobre el ilustre apellido habían caído las nubes de todos los olvidos.

Pero él siguió leyendo.

El ejemplar que él tenía era completamente inhallable. Quizá no existía otro en todo el mundo.

Y la última parte era completamente distinta.

Había otros nombres. Y otros retratos muy diferentes. Algunos de ellos tenían esa siniestra y fría precisión de los retratos obtenidos *post mortem* por la Administración penitenciaria francesa.

Patrice Fantome: Ejecutada en la hoguera por vampirismo en 1586.

Alphonse Fantome: Ahorcado por vampirismo y múltiples asesinatos en 1612.

Alexandre Fantome: Ahorcado por vampirismo y asesinato en 1701.

Marie Fantome: Estrangulada y linchada por la plebe en 1781, por dedicarse a vampirismo, magia y misas negras.

Francois Fantome: Guillotinado por vampirismo en 1812.

Klaus Fantome: Muerto a manos del verdugo, en ejecución por hacha, en Berlín, en 1869, por vampirismo y diversos ultrajes a varias muchachas.

Gerard Fantome: Guillotinado por vampirismo en 1901.

Nathalie Fantome: Muerta a palos en 1912, por otras reclusas, en la prisión femenina de Vierge Marie, tras comprobarse que había practicado el vampirismo con sus compañeras.

Pierre Lacombe dejó el libro mientras sus manos temblaban ostensiblemente. Los pies de foto que había estado leyendo no daban detalles, pero, en cambio, los detalles estaban dentro. Quedaba bien claro que en aquella familia admirable, que tantos días de gloria había dado a Francia, estaba dominada, sin embargo, por una especie de siniestra maldición, en virtud de la cual cada dos

o tres generaciones se daba en ella algún monstruoso caso de vampirismo. Seguramente, por alguna tara hereditaria, por alguna raíz de locura que pasaba misteriosamente a través de los siglos, en virtud de las leyes de la herencia, algunos de los Fantome habían sido verdaderos monstruos. Habían violado muchachas cuya sangre bebieron luego; habían asesinado hombres en oscuros caminos, alimentándose con lo que obtenían mordiéndoles en la aorta. Habían secuestrado niños que luego aparecieron sin una gota de sangre en sus cuerpos. Habían merecido, en fin, el rigor de la justicia tal como se vino aplicando a través de los diversos períodos de la historia: la hoguera, la horca o la guillotina. A veces la muerte había sido aún más dolorosa, como el terrible vapuleo de Nathalie Fantome, hasta que dejó de existir en una sombría cárcel de mujeres.

Pierre Lacombe cerró un momento los ojos para recordar mejor. Porque verdaderamente recordaba muy bien su retrato, el que aparecía en el libro; lo recordaba a la perfección. Cara ovalada, ojos negros, cabellos también negros, expresión misteriosa e inquietante. Recordaba también su maravilloso cuerpo: senos duros y pujantes, cintura estrecha, formas felinas, piernas largas. Lo recordaba tan perfectamente que era como si lo viese a todas las horas del día o de la noche.

Y no era para menos.

Claro que él tenía que recordarla.

La había tenido en sus brazos.

La había amado.

Había besado su boca y bebido su aliento.

Había encontrado con ella el éxtasis de la felicidad.

Sí, con ella, con Nathalie Fantome, una mujer muerta en 1912.

El pintor pensó que se estaba volviendo loco. Se llevó ambas manos a la cabeza.

Entonces miró el reloj. Eran las ocho y diez de la tarde.

Tenía que darse prisa. De lo contrario, llegaría tarde a los funerales de Giselle Artois.

* * *

La tienda estaba a punto de cerrar, dado lo avanzado de la hora, cuando la preciosa muchacha se acercó a la caja, provista de su

tarjeta de crédito. La dependienta la saludó con una sonrisa puramente maquinal. No le gustaba la gente que fastidiaba a los trabajadores, decidiéndose a hacer sus compras tan tarde.

—Creí que se nos había terminado esta crema —dijo, señalando un producto de belleza—. Usted se lleva la última jarrita, me parece. ¿Qué más tiene?

—Estos perfumes, el jabón, el dentífrico y las sales de baño —dijo la tardía clienta.

—Son doscientos francos.

—Cárguelo a mi cuenta, por favor.

La dependienta tomó la tarjeta de crédito, comprobó su vigencia y anotó en un albarán: «*Mademoiselle* Giselle Artois, 200 francos».

* * *

El taxista murmuró:

—¿La iglesia de La Plenitude, ha dicho?… No sé, no la recuerdo.

Pierre Lacombe le enseñó el recuadro del periódico.

—Yo tampoco la recuerdo, porque no soy experto en iglesias, pero tiene que existir. Mire, aquí lo dice. Se trata de unos funerales.

El taxista arqueó una ceja.

—Ah, sí… Quizá ahora me viene algo a la memoria. La Plenitude… Es una vieja iglesia, pero ya no hay cultos en ella. Está en obras hace mucho tiempo.

—Pues las deben haber acabado ya. De lo contrario, no habría funerales, ¿comprende?

—Claro que comprendo… En fin, vamos allá. Creo que está por detrás de la rué des Archives.

Rodaron a buena velocidad por un París lleno de vida, de luz, de seducción, pero ya demasiado lleno y en muchos aspectos demasiado falso. En la silenciosa rué des Archives, donde dormía el tiempo y dormía la historia, dieron la vuelta. Distinguieron entonces la mole negra de la iglesia de La Plenitude.

Unas altas vallas indicaban que allí se realizaban obras, pero éstas debían haber terminado poco tiempo atrás, porque dos coches estaban estacionados ante la puerta. Por otra parte, se escuchaba una delicada música de órgano. En el interior del templo, a aquella hora en que la calle estaba vacía, brillaban unas luces.

El taxista dijo:

—Es aquí. Hum… ¡Menudo edificio siniestro!

Pierre Lacombe entró. Con las manos hundidas en los bolsillos del gabán y la cabeza echada hacia atrás, dio un vistazo a aquella arquitectura pétrea, casi agobiante, que había surgido de las profundidades de la Edad Media. La iglesia de La Plenitude parecía un pequeño castillo al que sólo le faltaba el foso. Pero, sin embargo, la música que brotaba del interior era suave, era dulce y estaba cargada de nostalgia.

El pintor entró del todo.

Y vio la iglesia vacía.

Nadie.

Sólo las sombras y los recuerdos. Sólo el vacío. Daba la sensación de que en cualquier momento iban a flotar allí las sombras de los muertos.

Aquel ambiente frío, extraño, casi siniestro, le hubiera podido impulsar a volverse atrás, pues el miedo, el MIEDO con mayúsculas, volvía otra vez a su pecho como una obsesión. Pero, sin embargo, el ataúd estaba allí, con la mujer dentro, y la dulce música del órgano seguía sonando. De modo que Pierre Lacombe se dijo que, aunque él fuera el único asistente a los funerales, se quedaría en ellos sin duda alguna.

Avanzó unos pasos.

Y entonces vio que el ataúd era muy viejo.

Era un ataúd de bronce, pero que ya tenía al menos doscientos años.

Doscientos años…

Y la pregunta terrorífica llegó a su cerebro como una flecha. Era una pregunta breve y a la vez terrible: «¿POR QUE?».

Pero había otras cosas. Por ejemplo, la inscripción de aquel ataúd, en viejos caracteres latinos: «*Petrus, Episcopus, Ad maior gloriam Dei*
1689-1770.
».

El ataúd de un obispo que había muerto tantos años antes. Y precisamente allí… ¿Pero por qué? ¿Por qué?

El pintor siguió avanzando.

Había algo que le obsesionaba, algo que le empujaba quizá porque no podía entenderlo ni lo entendería nunca.

Y entonces vio el cuerpo de la mujer que estaba tendido allí.
No era Giselle Artois.
Era aún más inquietante y más hermosa.
Pierre Lacombe la conocía bien.
La había tenido en sus brazos.
La había amado.
Había visto su retrato en un viejo libro.
Sus ojos se dilataron con asombro.
Con miedo y con deseo a la vez.
Porque allí estaba Nathalie Fantome.
La muchacha muerta en una prisión en 1912.

CAPÍTULO II

Los ojos del recién llegado vieron la iglesia vacía. Observaron el órgano, que no tocaba nadie, Y QUE, SIN EMBARGO, SEGUÍA SONANDO. Distinguieron la losa del suelo, que estaba alzada y en la que se leía en caracteres ya casi gastados: «PETRUS, EPISCOPUS».

Era el lugar de donde había salido aquel ataúd.

Pero no se trataba sólo de eso.

Porque la mujer que yacía en la caja se estaba levantando también.

Se acercaba a él.

Sus ojos resultaban quietos, fijos, obsesionantes.

Sus manos se movían poco a poco.

Parecían querer acariciarle como en otro tiempo. Como en dos extrañas noches que él jamás podría olvidar.

La música del órgano entonó un «*crescendo*» súbito, casi majestuoso, un «*crescendo*» que llenó de solemnidad y al mismo tiempo de melancolía toda la nave de la iglesia.

La mujer siguió avanzando hacia él.

Vestía una especie de mortaja gris que se confundía con el aire, también gris, que parecía perderse en el espacio.

Y los dos encapuchados surgieron entonces de entre las sombras. Eran como dos figuras de aquelarre, como dos seres de pesadilla que hubieran brotado desde más allá de la muerte. Eran LA MUERTE MISMA.

Los dos saltaron sobre Pierre Lacombe.

Le inmovilizaron.

Uno le tapó la boca para dominar su grito angustioso, su grito de horror.

Pierre Lacombe fue doblegado hacia adelante, obligado a andar

y en seguida alzado en el aire por la fuerza conjunta de los dos encapuchados. Se dio cuenta con horror, con incredulidad, con asombro…, ¡de que iban a meterle en el ataúd!

Una vez lo hubo abandonado la muchacha…, ¡iban a depositarle a él!

Fue inútil que se revolviera, que gritara, que tensara todos sus músculos, ya no demasiado potentes. Nada pudo contra la fuerza conjunta de los dos encapuchados. Unos segundos después, estaba dentro de la caja de bronce.

La tapa cayó sobre él.

Era una tapa que pesaba media tonelada. Una vez asegurada, resultaba imposible abrirla desde dentro. Pierre Lacombe gritó, aulló materialmente, pateó, vomitó su propia agonía en aquel recinto estrecho, oscuro, maloliente, mortífero…

Porque comprendió que iban a enterrarle vivo.

Y en su cerebro se formuló la misma pregunta, la pregunta que se había hecho centenares de veces hasta tener la sensación de que acabaría volviéndose loco:

«¿POR QUE?».

No obtuvo respuesta. No la obtendría jamás.

El ataúd fue depositado en el hueco que dejaba la losa, donde realmente había estado siempre. Luego la losa cayó. El entierro en vida se había consumado.

Las luces de la iglesia se extinguieron.

La quietud volvió a hacerse.

Los acordes melodiosos del órgano se fueron apagando lentamente.

CAPÍTULO III

Marc Cristel, novelista tronado donde los haya, muerto de hambre profesional, desahuciado en varias pensiones, fracasado en todas las editoriales de París y deudor recalcitrante hasta de las cintas de máquina que empleaba para escribir, salió de la vieja casa de la rué Falliéres con las manos en los bolsillos y sintiendo que la brisa invernal de París se le metía como una maldición hasta en las mismísimas orejas.

Hacía frío. La noche era siniestra y cruel. Los automóviles pasaban a gran velocidad y le manchaban de barro. Los escaparates de las tiendas habían cerrado, pero aún estaban abiertos los restaurantes en los que él, muerto de hambre, no podría entrar. Cruzó la calle con la sensación de que había llegado a la última esquina de su vida, al último callejón del destino. Con la cabeza hundida y las manos siempre en los bolsillos, se metió materialmente debajo de aquel coche sin darse cuenta de que era él quien no tenía el paso libre.

El lujoso «Ferrari» patinó, estuvo a punto de volcar, dio un último bandazo y consiguió al fin detener las ruedas a un palmo de donde estaba Marc Cristel, que ni siquiera se había enterado de nada. Un hombre al que sólo le faltaba blandir un revólver salió hecho una furia del interior.

—Eh, usted, hijo de perra…

Por lo visto, para tener un «Ferrari» de multimillonario no es indispensable ser una persona educada. Marc se dio cuenta de que estaba en falta, pero al fin y al cabo no había pasado nada y tampoco era como para que le tratasen así. Fue a volverse.

Y de pronto gimió:

—Señor Couchelle…

Couchelle era un editor que le había explotado durante años con

sus guiones para historietas y que luego le puso de patitas en la calle con el pretexto de que sus ideas no eran actuales y de que él estaba perdiendo dinero. No debía haber perdido mucho, cuando el tío iba en «Ferrari»; pero en fin, ya se sabe… Couchelle también se dio cuenta de la clase de pordiosero que tenía delante y le miró con desprecio.

—De modo que borracho… —dijo.

—No, no iba borracho, señor Couchelle.

—Bueno, pues peor. Por la dirección que llevaba venía de ver a mi competidor Grilot, ese editorzuelo muerto de hambre.

—Era el único que tal vez pudiera haberme aceptado una novela, señor Couchelle. Pero ahora que ha dado la casualidad de que le encontrara a usted… Si usted quisiera…

—Grilot no ha querido, ¿eh?

—Es que Grilot no tiene sentido comercial. Le están poniendo un cheque en blanco en sus manos y no lo acepta.

—¿Su novela es un cheque en blanco?

—Sí, señor Couchelle.

—Pues cóbrelo usted mismo.

Y, como si la cosa tuviera la mar de gracia, se estuvo riendo de su propio chiste hasta que le pareció que ya estaba bien de perder el tiempo con aquel tiñoso. Envolviéndole en la misma mirada de desprecio, preguntó:

—¿Qué le pasa de verdad? ¿Quiere dinero para cenar?

Marc se irguió con un gesto de dignidad, mientras entrecerraba los ojos.

—No, señor Couchelle; sólo quiero que me dé una oportunidad publicando esta novela que llevo bajo el brazo. Muchos editores se han hecho ricos creyendo en la palabra de un escritorzuelo al que nadie hacía caso. Gaste unos francos en este engendro que yo he parido y no se arrepentirá.

—Yo siempre tengo que arrepentirme del dinero que gasto. ¿Cuál es el nudo central de su novela?

—Pues un tío que encuentra unos huesos del siglo dieciocho. Imagínese… ¡unos huesos del siglo dieciocho! Se da cuenta de que si no están en su sitio es por alguna razón, y de ahí arranca el descubrimiento de una cadena de crímenes.

Couchelle arrugó las narices como si allí mismo, junto a su

suntuoso «Ferrari», un niño se hubiera hecho caca.

—¿Y cree que eso se lo va a tragar alguien? —masculló—. ¿Para qué se necesitan unos huesos humanos del siglo dieciocho? ¿Para hacer sopa? ¡Vaya al infierno!

Subió a su coche y arrancó sin preocuparse de si ahora arrollaba o no a aquel pretendiente a la inmortalidad de la literatura de evasión. Marc Cristel recibió una buena rociada de agua, dejada por la reciente lluvia, y quedó solo, en medio de unos charcos, que las luces de neón hacían rebrillar. Luego echó a andar hacia el Sena.

Tal vez un hombre que ha hecho estudios superiores o ha viajado mucho puede llegar a destacar en la novela policíaca. Tal vez un tipo con experiencia, con ciertas agallas y con mucha vida detrás, puede ir sorteando uno a uno los obstáculos que se oponen a su paso, pues la novela policíaca es una literatura difícil, si se quiere practicar con continuidad. Pero un ex boxeador como Marc Cristel, un hombre de veinticinco años que ya no quería seguir pegándose en los *rings* baratos y que tenía una hermana menor para mantener, se enfrentaba a dificultades casi insalvables. Su preparación cultural era escasa, aunque trataba de soslayarla leyendo mucho y siendo prudente en lo que decía. Sus viajes se habían reducido a los necesarios para combatir dos veces en Berlín Oeste. Sus experiencias se reducían a los gimnasios mugrientos, los *rings* de pacotilla y los hospitales de los suburbios de París, por todos los cuales había tenido que pasar su hermana, eternamente enferma. ¿Qué podía hacer con ello? ¿Podía triunfar? ¿Hasta qué punto un hombre así puede desarrollar, por ejemplo, una intriga que se desenvuelva entre profesores de la Universidad de Harvard? Porque una aventura que ocurra en los gimnasios puede llamar la atención de un editor, pero la segunda con el mismo tema ya no le interesa.

Marc descendió las escaleras de los muelles, se sentó junto a la orilla del Sena y meditó en lo negro de su destino. No tenía adónde acudir para conseguir dinero, y el único recurso que le quedaba era abandonar sus sueños y dedicarse a descargar camiones en el nuevo mercado de Les Halles. Al fin y al cabo, en París, y en todas partes, un tío que descarga camiones gana más que un profesor, pero Marc había tenido otros sueños. Le dolía prescindir de ellos.

Pensó al fin que todo era absurdo.

Nadie se encuentra con unos huesos tan antiguos flotando por ahí.

Nadie se encuentra con unos huesos del siglo dieciocho.

Estaba pensando en eso cuando el pequeño paquete voló desde arriba, desde el pretil del muelle, para caer al agua del Sena. Si él no llega a estar allí, si no llega a producirse la casualidad de que se encontraba justamente en aquel sitio, los huesos se hunden en el Sena, se esparcen y… ¡adiós! Porque el paquete contenía unos huesos, esto lo pudo comprobar en seguida. Eran pocos, estaban muy desgastados y casi reducidos a polvo. Entre las aguas turbulentas e invernales del río hubiesen durado sólo un par de días más. La calavera incluso estaba partida en dos.

Marc contempló aquel pequeño paquete cuyos restos ya casi se habían esparcido; sintió que un estremecimiento de frío recorría su piel y dijo solamente:

—Diablos…

* * *

El médico muerto de hambre, el pobre tipo que buscaba clientes sin encontrarlos, el eterno aspirante a entrar como facultativo de la Seguridad Social, sin que nadie le hiciera maldito caso, miró los huesos que Marc le traía y gruñó:

—¿Pero qué voy a hacer con esto? ¿Pienso compuesto para gallinas?

—Tienes que averiguar qué edad tienen esos huesos, Louis.

La claridad de la mañana de invierno, una claridad turbia y funeraria, entraba por la única ventana del despacho, un hueco que sólo servía para mostrar el desorden infernal de la habitación, donde se mezclaban los calcetines sucios de la semana anterior con las últimas revistas médicas. Louis se rascó una oreja y miró a su amigo, el de la hermana siempre enferma a quien él atendía gratis. Marc Cristel tenía aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche.

—¿Para qué quieres saberlo? —murmuró.

—Es una tontería, ya lo sé, pero me consolaría mucho tener razón. Yo escribí una novela en la que un hombre encontraba por casualidad unos huesos del siglo dieciocho, y de ahí arrancaba el descubrimiento de una cadena de crímenes. Todos los editores me han dicho que es para mondarse de risa, y yo quisiera saber si una

cosa así puede suceder realmente. Es decir, si me ha sucedido a mí, lo cual indicaría que puede ser una cosa real.

Louis hizo un gesto ambiguo, como si indicara que hasta las personas más sensatas acaban volviéndose locas, y pasó al pequeño laboratorio que tenía anexo, pues además de médico era un aceptable químico. Diversas pruebas con el calcio de los huesos le convencieron de que aquello podía ser verdad. Regresó donde le esperaba Marc con los ojos entornados por el hambre y por el sueño.

—Muchacho —dijo—, es curioso, pero me parece que la intuición no te ha fallado esta vez. Efectivamente, podrían ser unos huesos con cerca de doscientos años de antigüedad. Ahora bien, ¿de qué te sirve eso?

—Solamente de consuelo —dijo Marc, sin ninguna alegría—. Sólo me sirve para darme cuenta de que no siempre invento cosas que no pueden suceder.

—Pues buen provecho.

—De todos modos, hablaré con el editor con el que estuve ayer. Es un tipo llamado Grilot, Le diré que quizá pueda proporcionarle una historia verídica si tiene un poco de fe en mí y me da tiempo para que la escriba.

—No sé qué historia verídica vas a sacar de unos huesos tan viejos, aunque reconozco que es extraño que alguien los lanzase al Sena. No había razón para ello, ¿verdad? Te diré también otra cosa: el hombre a quien perteneció este cráneo murió de muerte violenta. Sencillamente, le abrieron la cabeza de una forma brutal, quizá con un hacha. Esta rotura en el cráneo no es de ahora, sino del momento de su muerte. Unas pruebas con el calcio me han demostrado que la rotura tiene tanta vejez como los mismos huesos.

—Es interesante. Tenemos un crimen cometido hace doscientos años…

—Dudo que eso tenga la menor importancia para el lector de hoy, pero eso es cosa tuya. He averiguado algo más: ese hombre no debió ser un campesino ni un trabajador manual. Se trataba de una persona que estaba sentada muchas horas. El sector de la columna vertebral que corresponde a la zona de los riñones muestra una curvatura muy típica, la que yo llamo «curvatura del reposo», aunque mejor sería decir «curvatura del que trabaja sentado». Los

huesos de las piernas que aún subsisten también muestran una cierta endeblez por falta de ejercicio. En resumen, nuestro hombre debió ser una persona sedentaria, lo cual nos permite casi adivinar su profesión en una sociedad tan simplificada como la de hace dos siglos.

Marc Cristel se pasó pensativamente un dedo por los labios. Con la mirada perdida, pensando en voz alta, siguió en lugar de su amigo:

—Si no ejerció un oficio manual, tampoco podía ser un militar o un «caballero noble». Los militares andaban entonces mucho y practicaban la esgrima y la caza cuando no había guerras. Eso hacían también los llamados «caballeros». Como personas sedentarias de la época podemos considerar a un notario, un juez, un eclesiástico, un médico de cierta fama o un comerciante. Eso podría aclarar bastante las cosas.

—Claro, hombre, claro… —dijo Louis, en plan de burla—. Va a ser una investigación tan apasionante que te comprarán los resultados para imprimirlos en papel higiénico. También tienes tú ganas de perder el tiempo…

Y le volvió la espalda. Tenía otras cosas que hacer, entre ellas preparar unas oposiciones para ingresar en una pequeña clínica de Limoges.

Marc se acercó a la mesa y se dispuso a llamar a Grilot. Tenía que aprovechar el teléfono, antes de que a Louis se lo cortaran por falta de pago. Cosa que podía ocurrir dentro de diez minutos…

Pero Grilot estaba todavía durmiendo a aquella hora. Le envió a hacer puñetas.

* * *

Monique Lefevre recibió en mano el programa de actos del Círculo Cultural Occident, al cual ella pertenecía. Rasgó el sobre y leyó el contenido, mientras por su balcón penetraban las últimas luces del día, unas luces suaves y tamizadas que llegaban del fondo de los Campos Elíseos. Todos aquellos actos culturales solían aburrirla pavorosamente, pero no le quedaba más remedio que asistir a algunos de ellos en su calidad de dama perteneciente a la alta sociedad francesa y que aún quiere guardar un cierto tono. Por fortuna, el programa le había llegado con retraso, y eso le permitió

ver que algunos actos se habían realizado ya. Eso le permitía librarse de ellos.

Pero había uno para aquella tarde, un acto especialmente recomendado y al que no podía faltar: la visita a la exposición de esculturas románicas de *madame* Catroux. Como lo románico volvía a estar de moda, *madame* Catroux se había descolgado con una exposición apabullante de sillas, tronos y estatuas muy aptas para amueblar las mansiones señoriales recién construidas por la gente rica. Monique pensó que no tenía más remedio que ir a verla, y como le quedaba el tiempo justo, se arregló en seguida. El espejo del tocador devolvió su figura grácil y llena de juventud mientras se cambiaba de vestido, mientras se alisaba el pelo, mientras se ponía unos zapatos nuevos y se tensaba las medias.

El pequeño televisor que tenía en la habitación iba desgranando entretanto las noticias del día. Se habían producido nuevos actos de violencia en Beirut… Parecía calmarse el problema de las huelgas en Italia… Existían aún disensiones entre algunos miembros del Movimiento de las Fuerzas Armadas en Portugal… Se habían producido en Francia, durante el último día, ocho muertos en accidentes de tráfico… Había desaparecido de su domicilio de París el conocido pintor Pierre Lacombe, cuyo apartamento mostraba huellas de haber sido registrado, faltando algunos libros antiguos…

Monique Lefevre desconectó el televisor. Conocía de una forma vaga a Pierre Lacombe, y sabía que tenía dinero. Quizá lo habían secuestrado para pedir por él algún rescate. De todos modos, al cabo de un instante ya había olvidado la noticia. Lo único que le preocupaba era llegar tarde a la visita de la exposición.

Sacó su coche del *parking* cercano y condujo hasta las cercanías de Villiers, hasta la sala Les Arts, donde según el programa iba a tener lugar el acto. Mientras llegaba hasta allí a través del intenso tráfico, se fue haciendo noche cerrada. La zona de Villiers aparecía como una mancha oscura en la topografía de París, como una serie de calles sin porvenir, que iban quedando solitarias y donde sólo unos cuantos faroles rasgaban de trecho en trecho las tinieblas.

Poco antes aquello había estado lleno de vida, pero ahora, con la caída de la noche, toda la animación se iba disolviendo. En la calle donde estaba la sala Les Arts no se veía a nadie. El local, que imitaba un templo griego, estaba tan a oscuras como un panteón.

Sorprendida, Monique estacionó su coche y se acercó a la entrada. Aquella oscuridad, aquel silencio, le hicieron pensar que se había equivocado. Pero no. El programa decía bien claramente que el acto iba a celebrarse aquel día y a aquella hora.

Debía ser verdad, porque un hombre esperaba en la puerta. Era un tipo alto, de facciones inexpresivas y pétreas, que vestía completamente de negro. Cuando vio acercarse a Monique, le tendió, a modo de saludo, una mano helada y dura como una ganzúa.

—Perdone, pero es que hemos tenido una avería en la luz —musitó—. De todos modos, las salas interiores están iluminadas normalmente. Pase, por favor.

Ella entró.

Y captó aquel silencio.

Aquella extraña, aquella casi angustiosa soledad.

La exposición estaba completa, pero daba la sensación de no haber sido inaugurada aún. Las esculturas, los muebles, las pequeñas figuras que recordaban las técnicas del siglo décimo u onceavo, yacían en la sombra como testigos de otro tiempo. Más allá había algunas luces, pero difusas y lejanas. Monique se hubiera sentido aterrada ante aquella soledad, ante aquella sensación de tumba de no haber oído algo que la tranquilizó por completo: era al fondo el rumor de conversaciones apagadas, de campanilleo de copas y de risas.

Evidentemente, la recepción inaugural tenía lugar más al fondo. El hombre que la acompañaba musitó:

—He salido a recibirla porque, de lo contrario, usted hubiera podido pensar que esto estaba cerrado.

—Ah, gracias. Ha sido muy amable.

Y pasó.

Allí estaba la sala.

Ése era el lugar donde sonaban las palabras, las risas amables, el campanilleo de los vasos.

Monique se detuvo aterrada, asombrada, sin saber qué pensar.

Porque ella se encontraba rodeada de sonidos como si también se encontrase rodeada de gente, pero en aquel lugar no había nadie… ¡Nadie!

Giró la cabeza con un gesto de estupor.

Fue a preguntar algo al hombre que la había acompañado hasta allí. Pero su asombro fue aún mayor al darse cuenta de que también él la había dejado sola. Al darse cuenta de que… ¡había desaparecido como tragado por el aire!

La muchacha lanzó un grito.

Y entonces sus ojos se desorbitaron. Entonces se dio cuenta de lo que era el ramalazo… ¡del MIEDO!

Porque la muerte estaba allí.

Una muerte quieta y aberrante en la que ella no hubiera creído nunca.

CAPÍTULO IV

La mujer que se levantó del trono románico situado al fondo de la sala era hermosísima, pero tenía algo que helaba la sangre. No se sabía en qué podía consistir. Pero producía un miedo extraño, un miedo que llegaba al fondo de los huesos y que impedía hacer un solo movimiento.

¿Era el ambiente, eran aquellas luces espectrales, era la soledad? Monique no hubiera sido capaz de definirlo, pero al ver acercarse a aquella mujer sintió como si estuviera presenciando una vieja película de horror. La mujer, aquella extraña desconocida, vestía una túnica negra larga hasta los pies, y su hermosa melena le caía sobre aquella túnica y sobre la espalda desnuda en parte. Sus ojos estaban quietos y eran terriblemente hipnóticos: daban la sensación de ser los ojos de una muerta. Su boca estaba entreabierta en una extraña sonrisa, una sonrisa gélida que insinuaba poderes que están más allá de este mundo.

Monique Lefevre no fue capaz ni de respirar.

Porque aquella cara no le era desconocida. Porque la había visto en alguna parte. Porque ella sabía que esa cara era… era… ¡la de una mujer muerta!

Sus ojos se desencajaron.

De su garganta escapó un ronco estertor.

Aquel silencio que la envolvía, aquella soledad, aquella sensación de que no tenía escapatoria, hicieron que por un momento estuviera a punto de caer de rodillas, sin fuerzas ni para tenerse en pie. Sólo en el último minuto reaccionó, cuando algo le dijo que si consentía que aquella mujer la tocase sería como si le hubiera tocado la muerte.

De pronto sus fuerzas volvieron a existir otra vez. Bruscamente, saltó hacia atrás con una gracia felina. Casi sin esfuerzo, como si de

pronto a sus pies les hubieran nacido alas, se desplazó casi tres metros más allá de donde estaba aquella bellísima y a la vez espantosa mujer.

Vio una puerta.

Volvió a saltar con todas sus fuerzas, con toda su angustia, con toda la desesperación que llenaba su sangre.

Y de pronto se dio cuenta de que estaba perdida. Acababa de penetrar en un lugar que no tenía salida alguna. Era un pequeño lavabo con una ventana demasiado pequeña para que por ella pasase un cuerpo humano. Nada más.

Sus ojos desorbitados miraron aquellos objetos blancos y asépticos que eran los últimos que veía en su vida. Estaba trágicamente segura de eso. El lavabo, los servicios, el toallero, la pastilla de jabón…

Bruscamente, tomó aquella pastilla de jabón con sus dos manos. La arañó espasmódicamente.

Fue lo último que hizo.

Dos zarpas cayeron entonces sobre ella. Eran dos zarpas duras, ansiosas, potentes, pese a pertenecer a una mujer. Las uñas muy largas, tan terriblemente largas que debían ser postizas y hechas de metal, se clavaron en sus brazos.

Monique lanzó otro estertor.

Las luces se difuminaron en torno suyo.

Todo se hizo gris, opaco, casi impenetrable ante aquellos ojos que sólo veían la imagen de la muerte.

Cayó de rodillas.

Notó que la arrastraban y sólo pudo balbucir:

—Por Dios, así no…

Porque había adivinado el modo como iban a matarla.

Porque se había dado cuenta de que hay cosas que están más allá del dolor, más allá del miedo.

Notó que la arrastraban de nuevo hacia el centro de la sala, hacia una de las figuras románicas, antes de perder el conocimiento.

* * *

Marc Cristel había obtenido al fin una vaga promesa por parte del editorzuelo Grilot: examinaría su relato con vistas a publicarlo si, una vez terminado, tenía la apariencia de un gran reportaje

vivido. Si los nombres eran auténticos, si las circunstancias correspondían a la realidad más exacta, tanto mejor. En caso contrario, lo rechazaría.

Marc pensó que, seguramente, iba a hacer un gran esfuerzo para obtener una miserable paga, pero quería demostrarse a sí mismo que la tenacidad lo vence todo. Claro que lo mismo se solía decir a los boxeadores que empezaban y muchos de ellos, a base de constancia y constancia recibiendo, acababan sonados. Pero, en fin, él estaba dispuesto a llegar hasta el fin.

Durante un par de días se puso a trabajar activamente.

Por la mañana, durante cinco horas, descargaba camiones.

Luego iba a la Biblioteca Nacional. Consultaba libros, examinaba apuntes, hurgaba entre viejos papeles que durante más de un siglo no había examinado nadie. Eran dos vidas completamente distintas y a cuál más aburrida, pero Marc estaba dispuesto a no reparar en ningún sacrificio con tal de llegar hasta el fin, un fin que, sin embargo, aparecía envuelto en brumas.

Había confeccionado una lista sobre la posible identidad del dueño de los huesos que le guardaba su amigo Louis. Esa lista se componía, en principio, de una serie de profesiones o actividades muy concretas. Era ésta: «Comerciante, abogado, médico, juez, consejero de la corte o palaciego, eclesiástico».

Un examen de los restos le había dado una segunda base: los huesos —eso era seguro— habían estado muy bien conservados hasta entonces. No era posible que los hubieran descubierto en cualquier tumba ignorada durante unas excavaciones. El propietario de aquellos huesos —si a eso se le podía llamar «propiedad»— había sido enterrado unos dos siglos antes con el mayor cuidado, y los restos habían estado hasta aquel momento al abrigo de curiosos y profanadores. Por lo tanto, tenía que haberse tratado de un personaje de relieve en su época.

Eso eliminaba a bastantes personajes de la lista, aunque en ello, como en todo, pudiera haber un margen de error. Un comerciante habría sido sepultado en un cementerio de los que antaño existieron en París y sobre el cual, tal vez ahora, estaba edificado un hotel de mala nota. Un abogado, un médico o un juez habrían corrido la misma suerte. Mucha pompa tal vez, pero al cabo de dos siglos…, ¡al diablo los huesos! Un consejero de la corte o un palaciego podía

haber sido sepultado en un recinto público, por ejemplo, un palacio, lo que explicaría la perfecta conservación, sólo alterada por el paso del tiempo, que todo lo reduce a polvo. Pero lo más fácil era que el personaje hubiera sido un eclesiástico de cierta categoría. Los eclesiásticos de altura, en aquella época, eran casi todos enterrados en las iglesias.

Por lo tanto, Marc empezó a trabajar en aquel sentido: ¿qué eclesiástico había muerto violentamente en París, aproximadamente dos siglos antes? Tenía que investigar de canónigo para arriba, pues el clero sencillo, el clero de «a pie», veía sus restos devueltos a la tierra de un modo menos solemne. En consecuencia, Marc investigó sobre más de mil nombres en las bibliotecas, los archivos y el arzobispado de París.

Al segundo día obtuvo un resultado que podía ser alentador. Cierto obispo, un piadoso monje llamado Pedro Ferriéres, había muerto asesinado por un loco que le destrozó el cráneo con un hacha. A continuación el cronista de la época detallaba en qué había consistido aquel destrozo: una brecha longitudinal de izquierda a derecha que casi dividía el cráneo en dos. Era casi exactamente el golpe que presentaba el cráneo guardado por Louis.

Marc Cristel se dio cuenta de que estaba a punto de conseguir algo. Redobló sus esfuerzos.

Un paso más en sus investigaciones le llevó a averiguar que el obispo Pedro Ferriéres había recibido solemne sepultura en la iglesia «de la Paix», que más tarde se llamó «de la Plenitude». Resolvió ir allí.

Y Marc lo hizo aquella misma mañana, hacia las once, apenas tuvo en sus manos aquel dato.

No tuvo problemas para llegar a La Plenitude.

Total, cinco minutos en Metro.

Pero, una vez allí, le aguardaba una buena, una solemne, una especial sorpresa.

* * *

Todos los hombres, todas las damas que vio allí tenían aspecto de gente importante, bien alimentada, bien vestida y bien divertida. Unos lucían fajines con los colores nacionales, indicando su alto cargo civil; otros, la roseta de la Legión de Honor; algunos habían

acudido en uniforme militar de gala; en cuanto a las damas, vestían colores oscuros y adoptaban una expresión tan solemne como si estuvieran asistiendo a su propio entierro.

Un tipo alto, estirado, que lucía una banda de académico, estaba terminando de leer un discurso en tono solemne:

—«… Y honramos hoy la memoria del obispo Pedro Ferriéres, apóstol de la psiquiatría y mártir de la caridad, que fue víctima de uno de los propios locos a los que cuidaba, El Gobierno de la República Francesa, por intermedio de la Academia de Ciencias Morales, que me honro en presidir, quiere hoy rendir un tardío, pero no por eso menos sincero y merecido homenaje a la memoria de este gran hombre, que fue uno de los pioneros de la medicina actual. Por ello sus restos serán trasladados al Panteón de Hombres Ilustres, donde obtendrán definitivo reposo…».

Hizo una dramática pausa y dijo a continuación a los dos aburridos obreros que aguardaban allí:

—Procedan a levantar la lápida.

Marc Cristel, que acababa de penetrar en el templo en obras, dijo tímidamente desde la tercera fila:

—Oiga, señor…

El importante personaje se volvió hacia él con una mueca de asco:

—¡Usted se calla!

—Pero es que…

—¡Fuera!

Marc Cristel no se fue, puesto que tampoco tenían ningún derecho a echarle. Lo que hizo fue permanecer quieto y en silencio mientras era alzada la lápida.

Debajo apareció el solemne ataúd de bronce.

El gran hombre de la banda sobre el pecho proclamó:

—¡Pedro Ferriéres, gran obispo y precursor de la psiquiatría moderna, recibe el homenaje de Francia!

Y gritó a continuación, como el director de teatro que llama a todos a escena:

—¡Alcen la tapa!

—Oiga, señor… —le interrumpió de nuevo Marc.

—¡Cállese!

—Es que…

—¡Fuera de una vez! ¡Fuera!

E hizo un signo de prosopopeya para que el ataúd fuese abierto.

La tapa se alzó.

Y entonces todos lanzaron un grito de horror.

Todos retrocedieron varios pasos como si una corriente de aire helado los hubiese barrido.

Una mujer se desmayó.

El hombre de la banda en el pecho cayó de rodillas.

Porque el muerto que estaba allí no tenía dos siglos, sino dos días. Porque su fin no había sido plácido, sino espantoso. Porque tenía los ojos desencajados y las manos crispadas de los que han sido enterrados en vida. Porque su mueca era una mueca de indecible horror. Y porque en ella palpitaba algo que estaba más allá de la muerte.

CAPÍTULO V

Las sirenas de la policía, o más bien esos clásicos pitidos de los coches patrulla franceses, llenaban el barrio. La antes apacible iglesia en obras, el lugar donde el tiempo se había dormido, se transformó de repente en un pandemónium de gritos, maldiciones, empujones, frenazos y órdenes pronunciadas en voz seca. Todos los importantes personajes que estaban allí fueron situados a un lado mientras los gendarmes rodeaban la tumba. Sólo Marc Cristel no se preocupó de aquello, sólo él parecía saberlo y en consecuencia se alejó poco a poco de allí con aparente tranquilidad, pero sintiendo una especie de pesadilla clavada en el alma. Igual que si a él, un verdadero atleta, le fallaran las fuerzas, se dejó caer sentado a la entrada de la iglesia, mientras los gendarmes pasaban a su lado sin reparar en su presencia. Tuvo que bajar los párpados un momento, porque sus propios pensamientos le hacían tanto daño como una serie de pinchazos en el fondo de los ojos.

La voz llegó entonces quedamente hasta él.

—¿Usted lo sabía?

Marc volvió un poco la cabeza mientras alzaba los párpados. La miró.

Precioso rostro de unos diecinueve años.

Ropas finas.

Pero discretas. No era una dama encopetada. No era una señorita cursi. Tenía, por el contrario, todo el aspecto de una muchacha que trabajaba en un sitio de altura, pero que trabajaba.

Marc se avergonzó de sus ropas correctas, pero modestas. Ella era una señorita, pero él no era un caballero. O no lo parecía.

Aunque en esta época ya se ha prescindido de la importancia social del vestido, en el ambiente en que ahora se encontraba Marc, esas cosas aún tenían importancia. Mientras intentaba ocultar lo

desgastados que estaban sus codos, murmuró:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Chris. Soy la secretaria de *monsieur* Sorel.

—¿Y quién es *monsieur* Sorel?

—El presumido que ha lanzado el discursito y al que usted ha interrumpido dos veces.

—Ah…

—Dígame: ¿usted lo sabía?

—Sí.

—Al menos es sincero. ¿No teme que eso le complique la vida con la policía?

—A la policía no pienso contarle nada por el momento. Todo esto es tan serio y al mismo tiempo tan angustioso que necesito algo de tiempo para serenarme, para pensar… En fin, buenos días.

Y fue a alejarse. Ella musitó:

—Por favor… Le juro que tampoco diré nada a la policía. Pero me he asustado tanto, he… he sentido tanto miedo que necesito conocer la verdad.

—Puede que yo necesite otra cosa —dijo Marc sonriendo con tristeza—. Puede que yo necesite explicarla.

—Entonces, ¿por qué no nos alejamos de aquí? Nadie se fija en nosotros ahora. ¿Por qué no me cuenta algo de lo que sabe?

La voz de la muchacha era suave, convincente. Y ello se unía a la soledad de Marc, que era demasiado intensa. Hay momentos en que uno necesita desesperadamente hablar con alguien, en que necesita hablar para no reventar, aunque sepa que ello le puede poner en peligro. Cuando, minutos más tarde, se encontraban ambos separados por el velador de un café cercano, Marc se dio cuenta de que sentía un inexplicable alivio interior. Se dio cuenta de que nada hay peor que la soledad y el silencio para un ser humano que cree poseer un secreto terrible.

—Los auténticos restos del obispo Pierre los tengo yo —dijo, tras beber un sorbo de la cerveza que se había hecho servir—. Estaban muy bien preservados en ese ataúd, pero el tiempo los ha convertido en unos cuantos huesos casi rotos. Alguien los sacó para tener la tumba libre. Luego quisieron desembarazarse de ellos arrojándolos al Sena. De esta última parte no puede decirse realmente, que fuera un trabajo fino. Lo hizo un cualquiera.

—¿Cómo llegaron a tu poder?

Ahora Chris le tuteaba, Era mejor así. Marc después de beber otro sorbo, explicó todo lo que había ocurrido, todo lo que él sabía. No era gran cosa por el momento, pero insinuaba una serie de enigmas que hacían estremecer.

Chris meditó intensamente durante algunos segundos, con las manos en las sienes y los ojos cerrados.

Parecía una estudiante en exámenes que no conoce una respuesta difícil.

Al fin musitó:

—Ese pobre hombre tenía la cara muy deformada, pero yo le conocía. Estoy seguro de que le conocía. Era el pintor Pierre Lacombe.

—Su nombre me suena.

—Últimamente había ganado mucho dinero como retratista pero hasta hace unos años no puede decirse que las cosas marcharan bien para él. Tenía que dedicarse a copista de obras maestras y a restaurador de cuadros. Incluso parece que hizo alguna falsificación perfecta. Esas cosas siempre se dicen a media voz, pero yo lo oí comentar en una reunión de críticos de arte. De todos modos, estoy segura de que nadie le ha podido matar por eso, y menos de una forma tan horrible.

Marc susurró:

—Ahora lo recuerdo…

—¿Qué?

—Lo publicaron los periódicos y lo dijo la televisión. Lacombe había desaparecido. Su apartamento fue registrado y de él robaron algunos libros.

—¿Qué relación puede tener eso con su muerte?

—Tiene que haberla, aunque de momento no sé cuál es. Y ahora perdóname, Chris, pero quiero hacer algunas averiguaciones más. ¿Dónde puedo telefonearte?

—A la Academia de Ciencias Morales. Soy la secretaria. ¡Menudo aburrimiento!

Marc pensó que quizá el cargo era aburrido, en efecto, pero sin duda había dado a la muchacha un carácter, una dulzura, una educación que seguramente en otro empleo no hubiese adquirido. Eso y una elegancia discreta que le daba verdadera distinción,

verdadera clase. Estaba a millones de
años-luz
de él. Marc Cristel desapareció de allí, después de pagar, como alguien que se lleva algo a lo que tiene derecho; casi como un ladrón que huye.

Necesitaba entrar en el estudio del difunto Lacombe para averiguar todo lo que pudiese. Y eso había de conseguirlo antes de que la policía llegara.

Telefoneó al Pipas.

El Pipas era un ex boxeador que ahora se dedicaba a dar palanquetazos, a robar coches, a birlar carteras, a forzar cerraduras y a piropear a las chicas que se le ponían a tiro.

En resumen, un buen tipo donde los haya,

* * *

Dar con el Pipas en los billares donde se pasaba la vida fue cosa fácil. Convencerle, más fácil aún. Llevarle ante el domicilio de Lacombe costó diez minutos. Situarse ante la puerta y forzar la cerradura, no costó nada.

Mientras su cómplice se quedaba en la puerta vigilando, Marc examinó con la mayor atención todo lo que había en tomo suyo. El haber pretendido escribir novelas policíacas realistas, le había hecho examinar docenas de informes judiciales donde estaban los atestados de la policía. Por lo tanto sabía qué es lo que la policía suele hacer en caso de registro. También había leído docenas de obras sobre las técnicas más elementales de la investigación.

Puesto, que las noticias habían dicho ya que faltaban algunos libros, él tenía ya mucho camino adelantado. Lo primero que hizo fue buscar algo que seguramente los gendarmes habían buscado ya: las fichas de la biblioteca de Lacombe, si es que Lacombe tenía fichados sus libros. Por fortuna, vio que los tenía. De una forma muy rápida y procurando dominar su nerviosismo, examinó todos los títulos por si alguno faltaba.

Y vio que faltaban cuatro: tres de temas pictóricos y uno de tema histórico. Este último se titulaba Historia de la familia Fantome.

La persona que se había llevado los libros no pensó que éstos pudieran estar fichados, y que por lo tanto se pudiera saber qué títulos faltaban. No dejaba de ser otro trabajo poco fino, como el de

los huesos, lanzados al Sena. La deducción de Marc le llevó a la conclusión de que los tres textos de pintura habían sido birlados para despistar. El que seguramente importaba de verdad era la historia de la familia Fantome.

¿Pero quiénes eran los de la familia Fantome?

¿Qué importaban?

El Pipas le apremió desde la puerta:

—Oye, tú, que la policía puede venir…

—Un momento.

—¿Qué buscas ahora?

—En la chimenea hay un periódico quemado. Quiero ver si averiguo algo.

—¡Dos años de cárcel por allanamiento de morada es lo que vas a averiguar! ¡Corre!

Marc tomó las cenizas como el que toma un pedazo de aire que se va entre los dedos. Igual que si el aire se pudiera coger. Tanto fue su cuidado. Las cenizas se deshacían, pero era evidente que la policía aún no se había fijado en ellas durante su primera y rutinaria visita, Por el formato de la página antes de deshacerse vio que se trataba del diario

L'Aurore.

En la primera plana vio un recuadro con una cruz.

Y pudo leer un nombre: «Giselle Artois». El resto era imposible, aunque otra de las palabras podía ser «Iglesia».

Buscó en la guía telefónica.

El Pipas le apremió:

—¡Estás loco!… ¡Aprisa, hombre! ¡Que se nos tiran!

Marc encontró velozmente el número de Giselle Artois. Lo marcó.

Le contestó una agradable voz femenina.

—Soy Giselle Artois. Dígame…

Marc colgó sin decir una palabra.

Tampoco hubiera podido. Tenía la boca espantosamente seca.

Los pensamientos galopaban por su cerebro como caballos desbocados.

Estaba terriblemente pálido.

El Pipas le apremió:

—Oye, tú… ¡que parece que estés para el K. O. técnico!

Quizá sea cierto, pero al menos Marc Cristel podía hacerse una relativa idea de los hechos. Ahora sólo le faltaba ir a
L'Aurore.

Salió de allí con su compinche cuando ya sonaban en la calle los ladridos de los coches de la policía. Un minuto más y los atrapan. Fue a las oficinas del diario derechista y pidió que le mostraran todos los ejemplares de aquella semana.

En ninguno de ellos había un recuadro con una cruz en primera página.

La cosa, pues, se le parecía ahora con absoluta claridad: alguien había tomado un ejemplar de
L'Aurore
completo y había extraído el pliego que contenía cuatro páginas, entre ellas la primera. Había encargado a una imprenta —seguramente diciendo que era para un ejercicio periodístico—, todos los textos de aquellas páginas con los mismos títulos, las mismas medidas y los mismos cuerpos de letra que los del periódico auténtico. Con ello había montado cuatro matrices, de tres páginas de las cuales eran exactamente iguales que las del periódico original. Pero la primera plana, no. De la primera había sido retirada una noticia, sustituyéndola por el recuadro donde se mencionaban los funerales de Giselle Artois, recuadro que tenía exactamente las mismas medidas que la noticia retirada. Quizá éste había sido encargado a una segunda imprenta, para que no se estableciera ninguna relación entre un trabajo y otro.

Una vez compuestas las matrices, o «ramas» de las cuatro páginas, el misterioso autor de todo aquello había hecho una tirada de un solo ejemplar en una máquina plana de las que se manejan a mano. El resultado, una vez cerrado el pliego a los otros, había sido un periódico en el que un lector normal no notaría la menor diferencia con el verdadero, pero que publicaba una noticia amañada. De ese modo se había atraído a Lacombe a una iglesia vacía y en obras, a la hora y en las circunstancias que a sus asesinos les interesaban.

¿Pero por qué?

Aquí se rompían los pensamientos de Marc Cristel. A partir de ese momento, tenía la sensación de ir a volverse loco.

No sabía que aquello sólo era el principio. De haberlo sabido,

quizá se hubiese largado de París.

¡Pero no! ¡Tampoco!

Al fin y al cabo, no tenía dinero para pagarse el billete.

CAPÍTULO VI

La mujer miró la casa. Luego consultó la dirección como si tuviese miedo de haberse equivocado.

Pero no. Era allí. En el papel lo indicaba claramente, y además la descripción del edificio coincidía.

Dominando la cierta aprensión que había sentido al principio, la visitante avanzó. Su preciosa anatomía se balanceó sobre los altos y finos tacones con los que aún quería parecer más atractiva.

El tac-tac de sus pasos resonó en la calle solitaria.

Aquello no le gustó.

La sensación de soledad era demasiado intensa, demasiado angustiosa.

Pero al fin se encogió de hombros.

Hay que hacer muchas cosas para ganarse la vida en grande.

Ella era un call-girl, o sea, textualmente, una «chica a la que se llama», una de esas mujeres que tienen un teléfono y el suficiente tiempo libre para acudir a las llamadas que se les hacen. Visitan casas particulares o habitaciones de hoteles discretos. Están un rato allí, salen con el peinado un poco deshecho y el bolso más lleno, y luego se largan.

Lo que pasaba con aquella chica era que tampoco desdeñaba la calle, y dos días antes había conocido a un tipo que le pagó estupendamente bien. El tipo le había pedido su teléfono y había quedado en llamarla para que le viera en su casa, donde estarían más a gusto. Y había resultado ser cierto eso de que llamaría.

La chica siguió avanzando.

La casa no le gustaba.

Demasiado solemne.

Demasiado vieja.

Demasiado triste.

«Esta vez le pido cien francos más —pensó—. ¡Pues no me está dando mal rato, el tío con hacerme venir hasta aquí…!».

Fue a llamar a la vieja puerta.

Pero la encontró entornada.

En la garganta de la mujer se produjo una especie de chirrido, una misteriosa señal de alerta que ella no supo captar. Pero sabiendo que algunos clientes ricos son caprichosos y se divierten dando sustos a las mujeres, siguió adelante. Empujó la puerta y no vio más que un vestíbulo enorme y silencioso, por cuyos grandes ventanales entraba la luz de la luna.

Una enorme escalera central llevaba hasta el primer piso.

La call-girl miró en torno suyo, captó aquel silencio y al fin se encogió de hombros. Estaba bien, si el pájaro quería juerga le costaría cara. Ella era una profesional y las profesionales se mueren a veces de asco, pero no tienen por qué morirse de miedo. Le cobraría el triple y encima por adelantado. ¡Faltaría más!

Ascendió por las escaleras.

Seguía oyendo el ruido de sus propios pasos como si lo produjera otra persona distinta.

Llegó arriba, donde flotaba una luz violácea.

No le gustaba nada de aquello. Ni pizca.

—¡Eh! —llamó—. ¡Señor Dupré!

El pájaro le había dicho que se llamaba Dupré. Bueno, como si se quería llamar Giscard d’Estaign. Iba a pagar tarifa triple, el muy bastardo. La chica puso los brazos en jarras e increpó a las sombras:

—¿Qué se ha creído? ¿Que he venido aquí a sacar brillo a los muebles? ¡Salga de una vez!

La puerta chirrió entonces junto a ella.

Era un chirrido leve, casi sobrenatural.

Como si la hubiera empujado un soplo del más allá.

La mujer giró la cabeza poco a poco mientras sentía que

chirriaban hasta las vértebras de su cuello.

Ahora sí que tenía miedo, un miedo que le llegaba desde el vientre hasta la misma boca. Fue a bajar las escaleras de cuatro en cuatro, pero las sombras espesas que había abajo la aterraron aún más. Tuvo la sensación de que era allí donde le esperaba la sorpresa macabra. Abajo.

Por lo tanto fue hacia la puerta.

La empujó.

Y entonces vio aquella escena increíble, pero que le paralizó el corazón, que le dejó sin aire en los pulmones. Porque allí, en el centro de la habitación vacía, descansaba un ataúd entre cuatro hachones. Y dentro de ese ataúd estaba una mujer.

En su belleza había algo de diabólico y de fascinante a la vez.

En sus ojos había una especie de hipnotismo que estaba más allá de la vida y la muerte.

En sus manos, que se habían alzado, había una llamada.

Su cuerpo venía hacia ella.

Saliendo del ataúd.

Acercándose.

¡Atrayéndola!

En el miedo hay una especie de fascinación, hay algo así como una atracción secreta. La call-girl sabía que ya no podía moverse, que no era capaz de desplazar sus altos tacones, que no podía ni chillar todo el horror que contenían sus entrañas. Se mantuvo quieta allí como el pájaro se mantiene quieto ante la serpiente. Ni siquiera respiraba. Ni siquiera gritó.

Las manos la rodearon.

La boca fue hacia su cuello.

El aliento de la «muerte» era caliente.

Los dientes penetraron en su fina piel.

Como una caricia secreta.

Como una alucinación.

Hasta que brotó la sangre.

* * *

Marc Cristel iba de un lado a otro, como un sonámbulo. Cruzaba de parte a parte la selva de París, con sus mejores prendas de vestir

y con la mentira en la boca, sabiendo que no le quedaba otro camino que la mentira para llegar a la verdad. Se había tomado una teoría y quería comprobarla hasta sus últimas consecuencias.

—¿Personas desaparecidas? No, no, aquí ninguna.

Nuevas vueltas, nuevos pasos por la selva helada de París.

—¿Personas desaparecidas? No, en nuestro sector ninguna.

Marc estaba empleando una treta que podía darle mal resultado, pero que no era fácil le fallase la primera mañana. Se presentaba en las distintas comisarías de policía de la capital, decía que era alumno de periodismo y que estaba en *Le Fígaro*, en período de prácticas. Añadía que le habían enviado para la faena más desagradable, que era seguir paso a paso los pequeños sucesos del día. Preguntaba en cada comisaría si se había producido algún accidente en la demarcación, o si se sabía de alguna persona desaparecida.

Aunque esta última pregunta la hacía como por casualidad, era la única que realmente le interesaba. Y los sargentos de guardia le informaban de las nimiedades del día y de las pequeñas o grandes desgracias sin pedirle el carnet, pues pensaban que siendo un alumno, aún no lo tendría. Al fin y al cabo, aquélla tampoco era una información secreta.

Supo en una sola mañana que en París desaparecen más de doce personas al día, y que muchas de ellas no vuelvan a ser halladas jamás. Pero, por los datos que le dieron, comprendió que se trataba de hijos que no se entendían con sus padres o de mujeres que no se entendían con sus maridos. Eso no le interesaba. Era la rutina diaria de la selva de París.

La base de la que él partía era muy concreta, y se resumía en estos puntos:

Primero: La muerte de Pierre Lacombe no era un hecho aislado, sino el principio de una carrera de sangre.

Segundo: Por lo tanto, el hecho se repetiría, si no se había repetido ya.

Tercero: Lacombe era un hombre solo y de posición. Esa gente suele ser muy fiel a los compromisos sociales. Por lo tanto no dejaría de acudir a un entierro.

Cuarto: Habían empleado un diario falseado para atraerle al sitio donde debía morir. Por lo tanto era posible que emplearan la treta

otra vez.

Quinto: Y la víctima sería una persona sola y de posición, que también sintiera una gran necesidad de cumplir sus compromisos sociales.

Por lo tanto buscaba saber si alguna persona de esas condiciones había desaparecido en las últimas veinticuatro horas. Pero, hasta el momento, sus pesquisas no daban resultado alguno.

Por fin, en la comisaría de los Campos Elíseos, le dieron la noticia de una desaparición que le erizó hasta el pelo de la nuca. Desde el primer instante tuvo la sensación de haber encontrado el hilo que le llevaría otra vez al interior de aquel mundo de horror.

—La señorita se llama Monique Lefevre —dijo el gendarme con voz aburrida—. Vive aquí cerca, en el número 216. Los vecinos dicen que lleva cuarenta y ocho horas sin salir, lo cual les ha extrañado porque es muy metódica. Hemos conseguido una orden judicial, hemos entrado en el piso y todo está en orden. Debe haber salido de viaje sin avisar. Nosotros tenemos una anotación aquí, pero no publiquen la noticia porque podrían meter de verdad la pata, ¿entiende?

—Entiendo —dijo Marc con cara de buen chico—, ni siquiera se la pasaré a mi jefe.

Y fue al 216. Ni aunque le matasen olvidaría aquel número. Desde una cabina telefónica llamó al Pipas.

—Tú, macho, ven a ayudarme a un sitio de categoría.

—Tu padre.

—Hombre, no hay para ponerse así, que los amigos están para eso.

—Entonces tu madre.

—Sí que te lo has tomado en serio… ¿Qué pasa? ¿Es qué te faltan agallas?

—Lo que me falta son ganas de que me trinquen por no haberme llevado nada. Y con mis antecedentes… ¿Te imaginas? A Sing-Sing.

—Sing-Sing está en los Estados Unidos —contestó Marc con paciencia.

—Pues a Alcatraz.

—También está allí y encima lo han cerrado. Sólo van los turistas.

—Bueno, pues a la Bastilla.

—Se la cargaron en 1789.

—¡Jolines! ¿A ver si no van a tener sitio donde encerrarme? —se preguntó muy preocupado el Pipas.

Y al cabo de diez minutos acudió. No le costó nada abrir la puerta de aquel apartamento de lujo.

Marc susurró:

—Cuando cobre lo del libro te pagaré una parte, amigo. De verdad que te la pago. Por éstas. Pero ahora lárgate.

—No quieres que corra peligro, ¿eh?

—No más del que ya has corrido. Yo lo dejaré todo como estaba, lárgate.

El Pipas se evaporó. Desde la ventana, Marc se convenció de que atravesaba la amplia avenida y se perdía de vista para no regresar. Sólo entonces empezó a sentirse más tranquilo.

Volvió la espalda, dejando la ventana.

Y entonces la vio.

Excelentes piernas, con sello de garantía.

Medias de primera clase.

Y elegancia. Distinción. Sobre todo aquella elegancia y distinción que la hacían incomparable.

Sin voz a causa del asombro, Marc susurró:

—Chris…

La secretaria de *monsieur* Sorel le miró con una quieta sonrisa.

—Parece que te extrañas mucho, Marc.

—¿Cómo diablos estás aquí?

—Te he seguido.

—¿Para qué infiernos me has…?

—Calma, calma, Marc. Éste es un asunto que me ha inquietado tanto como a ti y por lo tanto quiero seguirlo paso a paso. No voy a constituir un estorbo, sino una ayuda. Dime qué es lo que buscas.

—No lo sé.

—Pues por alguna razón habrás venido aquí, después de recorrerte todas las comisarías de París.

—Es una sensación que no puedo definir. Aquí vive una mujer llamada Monique Lefevre. Tengo la sensación de que puede haber sido la segunda víctima.

—¿En qué te fundas para pensar eso?

Marc no contestó. Fue buscando poco a poco entre los libros, los papeles, los apuntes. Aparentemente, nada había sido tocado. Por el aspecto general de las habitaciones se adivinaba que Monique vivía sola y era una muchacha de nivel económico alto. Pero no había la menor pista, el menor indicio que pudiera justificar una desaparición.

Chris, que le había ayudado a buscar, dijo al fin:

—Bien. Vámonos.

—¿No has notado nada? Yo había confiado en tu instinto femenino por si observabas alguna anormalidad.

—Mi instinto femenino me dice que esa mujer no se ha ido de viaje porque aquí hay cosas que yo no hubiera olvidado, pero eso tampoco significa nada. En fin, larguémonos. Si yo entiendo un poco de leyes, esto es allanamiento de morada.

Y dejó sobre la mesa una cartulina con la que se había estado abanicando. Marc murmuró:

—¿Qué es eso?

—¿Qué?

—Eso que has dejado.

—No sé. Una invitación para ir a algún sitio.

—¿Una invitación para ir a algún sitio?

—Ni siquiera eso. Un programa.

—A ver. Déjame.

Marc le echó un rápido vistazo y palideció. En apariencia todo estaba bien, pero sin embargo, no podía evitar que sus manos temblaran al acercarse al teléfono. Disco el número que estaba impreso allí y que debía corresponder a la institución cultural Occident.

Pero no era así. Correspondía a un domicilio particular.

Las sospechas de Marc se multiplicaron por cien. El número debía estar intencionadamente mal impreso para que Monique tuviera dificultades si quería hacer alguna comprobación rutinaria, en cuyo caso habrían podido decirle por teléfono que el programa era falso. En cambio, si llamaba a un número equivocado, y luego, tenía que molestarse en buscar en la guía, era más que probable que no se tomara esa molestia. No dándole facilidades para la comprobación, la cosa resultaba menos peligrosa para los que habían maquinado todo aquello.

Pero Marc sí que se molestó en buscar el auténtico número de Occident. Allí le dijeron que habían enviado un programa a los socios, pero las fechas no coincidían con las del que Marc tenía en la mano. Por ejemplo la inauguración de la exposición de arte románico en Villiers tenía lugar ahora, aquel mismo día. No había tenido lugar dos días antes, como anunciaba el programa de Marc.

Éste sintió que el sudor le corría por la garganta. Otra vez volvía a estar pálido como un cadáver.

El programa había sido falsificado.

—Chris… —balbució—, vamos allí.

—¿Adónde?

—Aquí está la dirección.

—¿Pero… para qué?

Marc fue hacia la puerta mientras decía casi sin voz:

—Para saludar a una mujer muerta…

Capítulo VII

Monsieur Sorel tomó con parsimonia los papeles en que estaba escrito su discurso y comenzó con voz campanuda:

—Señores y señores, distinguidos oficiales de la Legión de Honor, críticos de arte, académicos, selecto público en fin con cuya alta atención me honro, henos aquí reunidos para… ¿dónde está mi secretaria?

Como si de pronto se hubiera dado cuenta de que alguien faltaba a su lado, *monsieur* Sorel había preguntado aquello con voz de falsete. Sonaron unas discretas risas.

El presidente del Círculo de Artistas le dio un discreto codazo mientras susurraba:

—Por lo que más quiera, continúe…

—Sí, pero ¿dónde está mi secretaria?

—¡Que se vaya al infierno! ¡Siga!

Monsieur Sorel alzó de nuevo los papeles, se caló bien las gafas, tosió discretamente y siguió:

—Señores de la Legión de Honor, ilustres damas…, ¡académicos todos!…

El presidente le dio otro codazo.

—Oiga, que aquí los académicos sólo somos una docena, y encima la mitad falsos…

—Señores académicos falsos y auténticos… ¡amigos todos!… —Siguió *monsieur* Sorel como si tal cosa—. Henos aquí reunidos para inaugurarse esta exposición donde al arte románico cultivado hoy alcanza las mismas altas cimas del arte romántico… digo… ¡ejem!… Quiero decir del arte románico que tanto nos hechizó ayer. Vean, por ejemplo, esta maravillosa escultura que tenemos ante los ojos.

Y la señaló con un gesto lleno de ceremonia.

Era, en efecto, una escultura alta, ancha, que superaba en algo las dimensiones normales de un hombre, como la caja de la momia supera las dimensiones del cuerpo que contiene. La talla románica, imitando las características del arte bizantino, resultaba perfecta. Sin exageraciones y sin bromas, se trataba de una obra de arte casi genial.

El ilustre personaje siguió:

—… La magnífica escultura visigoda, digo bizantina que tenemos tallada en bronce… quiero decir en madera… con colores estampados… ¡ejem!…, mejor dicho… policromados, que se muestra a nuestros ojos, es del siglo… siglo… ¡Qué raro! ¡Aquí no lo dice!

—¿No estábamos en que la han hecho ahora imitando el arte antiguo? —Barbotó el presidente, a punto de estallar—. ¡Pues es de nuestros días!

Monsieur Sorel no se inmutó. Palpándose la banda del colegial aplicado que cruzaba su pecho, continuó:

—¡Claro! Es lo que yo iba a decir… del siglo veinte. Observen además que es en realidad una especie de ataúd, porque se abre por el centro.

El presidente silabeó, mordiéndose la lengua:

—No es un ataúd, sino un sarcófago.

—Bueno, pues un sar… sar… sacrófago. Voy a abrirlo para que ustedes observen la maravilla de los acabados interiores y dediquen un aplauso a su autor, que me estará escuchando… He dicho… Bueno, no he dicho porque no he terminado aún. Este sar… sacrófago del siglo veintiuno… ¡ejem!… que es como decir del veinte porque lo tenemos a la vuelta de la esquina, contiene un… un… un…

Marc, que de pronto había llegado hasta casi la primera fila, bisbiseó:

—Eh, señor…

Monsieur Sorel se volvió con la altanería de un gallo de pelea.

—¿Qué quiere usted, desgraciado?

—Necesito decirle algo.

—¡Cállese!

—Es que…

—¡Fuera!

Y *monsieur* Sorel siguió con voz campanuda:

—Este maravilloso sarsar… sarpatigo del siglo veintidós, porque quien dice veintidós dice veintiuno o viceversa, como ustedes saben…

—¡Saber no saben nada! ¡No le entienden ni jota! —gritó el presidente, que ya estaba de color verde, rojo y blanco, como la bandera italiana.

—Bueno, pues entonces abriré esta maravilla del siglo diecinueve.

Y movió el resorte que dividía la escultura en dos, mostrando su interior, como si fuera la caja de una momia.

Marc susurró:

—Oiga, señor…

Pero ya no hubo tiempo de nada.

Ni de gritar.

Porque el cuerpo que estaba dentro cayó blandamente al suelo, sobre la alfombra.

Un cuerpo maravillosamente torneado.

Y terriblemente blanco.

Sin un hálito de vida.

Sin una gota de sangre.

CAPÍTULO VIII

Como había ocurrido en la iglesia de La Plenitude, algunas mujeres se desmayaron, algunos académicos sintieron que les temblaban las rodillas y algunos hombres se lanzaron hacia la puerta creyendo que aquello era una especie de maldición que a todos les alcanzaría. El único que se quedó quieto allí, impávido, fue Marc Cristel, para quien aquel horrible hallazgo representaba el triunfo de su teoría. Pero maldito si eso le alegraba, maldito si eso le producía la más mínima sensación de placer.

Se dio cuenta al primer vistazo de que la bonita mujer llevaba unos días muerta, es decir desde la fecha de su desaparición. Se dio cuenta también de que había una diferencia profunda en relación con el cadáver de Pierre Lacombe.

Éste había muerto en condiciones espantosas, es decir enterrado vivo, pero no faltaba una gota de sangre en su cuerpo. En cambio Monique estaba completamente desangrada, sin que en su perfecta anatomía hubiese la menor herida visible. O al menos visible a primera vista.

Pero cuando Marc se acercó por completo a pesar de que el cadáver ya empezaba a oler, cuando casi rozó su piel, pudo darse cuenta de que tenía una mordedura en el cuello, a la altura de la aorta. Era una típica herida de vampirismo, aunque no había sido causada con dos dientes caninos muy largos y agudos. Había sido causada por unos dientes normales, pero con toda la dentadura.

Sólo Chris y él habían notado eso.

La muchacha se estremeció brutalmente. Había adivinado el horror sin nombre que se escondía detrás de todo aquello. Un horror sin nombre y que ya le parecía imposible en pleno siglo veinte.

Sintió una arcada.

Estaba a punto de marearse.

Gimió:

—Por Dios…

Y fue en línea recta hacia la puerta que había al fondo. Según indicaban las letras, se trataba de un lavabo. Entró en él y tuvo un breve vómito mientras se sujetaba la garganta con las dos manos.

Fue luego a tomar una pastilla de jabón. Era la única que había allí. Pero, de repente, Marc gritó mientras tenía la mano:

—¡Quieta!

—¿Qué… ocurre?

—Esto ha sido inaugurado hoy, ¿verdad?

—Eso parece…

—En el lavabo no ha tenido que entrar nadie ni ha tenido que tocar la pastilla de jabón…

—Por supuesto.

—Sin embargo, tiene unas marcas hechas con las uñas. Fíjate en ellas.

—Es… es cierto.

—Esas marcas sólo han podido hacerlas dos personas: Monique… o su asesino.

Chris soltó la pastilla de jabón como si quemase. Marc la asió en el aire antes de que cayera al suelo y pudiera romperse alguno de sus bordes.

—Las marcas son profundas —dijo—. Juraría que se trata de unas uñas de mujer.

—Bueno, pero…

—Pueden ser las uñas de Monique —siguió él, como si pensara en voz alta—. Eso podemos comprobarlo fácilmente.

Y volvió a la sala. El tumulto era enorme, aunque todo el mundo miraba el cadáver desde cierta distancia, sin atreverse a hacer nada positivo. Marc tomó una de las heladas manos y comparó el tamaño y forma de las uñas con las marcas aparecidas en la pastilla de jabón.

No cabía duda. Las había causado Monique.

Y, además, no eran unas marcas cualesquiera. Eran un mensaje, un último y desesperado mensaje, puesto que la que iba a morir no tenía a mano nada más. Las uñas habían marcado unas letras y unos números. Aunque muy confusamente, podía leerse allí:

«AGP 48».

Era algo que no tenía sentido. Marc tuvo la sensación de que jamás averiguaría lo que palpitaba detrás de aquellos signos.

Pero era la única cosa, la única pista que podía llevarle a la verdad.

El último mensaje de una muerta.

* * *

Se guardó la pastilla de jabón sin que nadie lo notara. Tampoco la echarían en falta.

Luego musitó:

—Vamos.

Esta vez no hacía falta esconderse. Nadie había llamado a la policía aún, quizá porque el aturdimiento de todos era absoluto. Los dos se largaron en el pequeño automóvil de Chris, que les había traído hasta allí.

Sentados de nuevo ante el velador de un café, mirando el vacío de las calles (que para ellos estaban vacías aunque aparecieran pobladas de gente), se dieron cuenta de que se encontraban ante un muro que no podrían atravesar: El último mensaje de una muerta no les serviría de nada. Aquella pastilla de jabón se desvanecería en inútiles pompas.

Chris musitó:

—Es muy extraño lo que nos ha unido, Marc.

—No nos ha unido nada.

—¿Por qué dices eso, Marc?

—Tú eres rica, yo soy pobre. ¿Te parece poco?

Ella le miró queriendo sonreír, pero sin fuerzas para hacerlo. Hubo en sus ojos, de todos modos, una chispita de burla.

—¿Rica yo? —musitó—. ¿Sabes que vivo de un sueldo casi miserable?

—Eres elegante, eres…

—Tonterías. Lo que pasa es que tengo que gastar más en vestir. He de ser representativa.

Y rió con tristeza, de una manera falsa, amarga. No, ella tampoco estaba satisfecha de su vida, de su destino, de su suerte. Ya había notado que Marc llevaba los bolsillos de la americana llenos

de libros todo lo baratos posible, pero que tenían categoría de auténticos textos universitarios. Era un hombre que se desvivía por aprender, por elevarse con su propio esfuerzo, y eso, en la vida, sí que tenía mérito. De todos modos, hizo un gesto obstinado mientras intentaba olvidar eso. Lo único que debía importarle era aquel último mensaje de una muerta. El horror en que estaban metidos los dos.

Apuntó las siglas en una servilleta de papel: AGP 48.

—¿Qué puede significar, Marc?

—No lo averiguaremos nunca.

—Pero intentemos pensar. Tratemos de llegar a alguna parte.

—Está bien. Tratemos.

—¿Qué se te ocurre?

—Que Monique fue atacada por alguien que tenía las iniciales
A G P
y contaba la edad de cuarenta y ocho años —sugirió él.

—¿O sea, que Monique conocía a la persona que la asesinó?

—Sí.

—Demasiado sencillo.

—A mí también me lo parece, pero por algún sitio hay que empezar. La otra posibilidad sería una fórmula química.

Y añadió él:

—Aunque a Monique no la han matado con una fórmula química, sino chupándole la sangre.

La muchacha se estremeció hasta la médula.

—Por Dios, Marc…

—Olvida lo que he dicho. Sigamos.

—Una fórmula matemática —siguió ella.

—No entiendo nada de eso.

—Bueno… Yo tampoco. Pero podría ser una fórmula formada por tres factores: «
A G P»,
y elevada a la 48 potencia.

—Lo cual nos daría, supongo yo, un número que representaría miles de veces la distancia entre la Tierra y el Sol.

—Seguramente.

—¿Pues qué sentido tiene?

—Por Dios, Marc, no lo sé… Seguramente, ninguno. Es una cifra

demasiado alta.

Él suspiró, intentando concentrarse.

—Imaginemos que es una calle —dijo—. Una calle y un número. Por ejemplo, «Avenue General Paul». Ya tenemos el AGP. ¿Hay alguna avenida en París que lleve el nombre de un general cuyo nombre empiece por «P»? Veamos… Foch, De Gaulle, Leclerc, Petain… No, Petain no tiene ninguna avenida. Me estoy acordando sólo de los nombres de generales famosos en Francia, Joffre, Gamelin, Catroux…, Latre de Tasigny… ¡Diablos! No me sale ninguno cuyo apellido empiece por «P».

—De todos modos, un plano de la ciudad quizá nos lo aclare. Espera, tengo uno en el coche.

Y volvió con él. Pero ninguna calle correspondía a lo que ellos buscaban. Al fin desistieron, dándose cuenta de que era inútil seguir por aquel camino.

Marc susurró obstinadamente:

—De todos modos, hay que llegar a alguna conclusión. Sigamos.

—Puede ser una clínica o un hospital. Habitación 48.

—Veámoslo.

Revisaron en la guía telefónica todas las clínicas y hospitales de París. Ninguno se correspondía con aquéllas iniciales.

—¿Y un producto farmacéutico o de perfumería? —Dijo al fin la muchacha—. A veces tienen nombres raros de ésos…

Los dos abandonaron el café, dispuestos a seguir aquella posible pista, y fueron a una gran farmacia. Pero ni al dependiente más viejo le recordaba nada aquella fórmula. En una perfumería les ocurrió lo mismo.

—Hay que buscar otro camino —suspiró Marc.

—Sí, pero ¿cuál?

—No lo sé. Intentémoslo.

—¿Una institución del Estado?

—¿De qué clase?

—Supongamos que «Academia General Politécnica» o algo por el estilo.

—Veamos si existe.

En la Biblioteca Nacional consultaron un voluminoso Diccionario de la Administración Civil, pero no había nada que se pareciese a lo que ellos buscaban. E iban a dejarlo ya,

completamente desanimados, cuando Marc susurró:

—¿Bellas Artes?

—¿Qué quieres decir?

—Que Monique, la víctima, estaba relacionada con el mundo artístico. Por lo tanto, ese mundo lo conocía muy bien.

—Sí, pero…

—Es más fácil encontrar un dato ahí que en otra parte. Veamos… Los museos también dependen de la Administración civil, de modo que este mismo diccionario nos servirá. En la sección de Bellas Artes veamos lo que empieza por «A».

Diez minutos después encontraron algo que podía servirles. Se trataba de «Análisis General de Pintura». Estaba en la Avenue Wagram.

—¿Qué es eso? —preguntó Marc.

—«Análisis General de Pintura»… Bueno, por lo pronto tiene las iniciales «AGP», lo que ya es mucho. Si no recuerdo mal, se trata de un organismo del Estado que se dedica a clasificar los cuadros que son propiedad de la Administración pública y que por lo tanto pueden ir a los museos. Como tú sabes, hay obras que tienen mérito y otras no. Hay pintores que están de moda y otros que «ya han pasado». También existen muchas falsificaciones.

—Y allí un comité de expertos los va analizando, ¿no? Allí decide los que van a pasar a los museos y los que no merecen ese honor. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, eso es. Se analizan las pinturas propiedad del Estado, y por eso se le da ese nombre: «Análisis General de Pintura». Creo que podría ser una pista.

—¿Y qué significa entonces el número 48?

—No lo sé, pero tal vez podamos averiguarlo allí.

Los dos fueron entonces a la Avenue Wagram. El «Análisis General de Pintura» ocupaba un viejo caserón que seguramente no tardaría en ser demolido, pero que tenía gracia y tenía carácter. Marc y Chris entraron en él.

Se hicieron pasar por pintores que querían hacer una consulta, cosa que no fue difícil porque la muchacha pudo mencionar a *monsieur* Sorel, que era bien conocido allí, y, además, pudo mostrar una tarjeta de empleada del círculo cultural Occident. Un viejo funcionario que estaba allí, medio dormido, les dijo que les daría

toda clase de facilidades.

—Aquí existe un catálogo de los cuadros que ingresan, ¿verdad?

—Sí —explicó el funcionario—. Cuando los traen aquí, se les asigna un número que ya no se da a ningún cuadro más. En la actualidad estamos por el doce mil y pico. La mayoría de las pinturas se quedan aquí porque no valen gran cosa, pero si alguna va a un museo se anota junto al número de origen el sitio al cual ha ido a parar el cuadro. ¿Sobre qué número desean preguntar?

—Sobre el 48.

—¿El 48? ¿De verdad?

—¿Qué tiene de raro? —preguntó Marc.

—Que sin duda se trata de un cuadro de hace al menos setenta y cinco años. Si ya no ha ido a un museo, ya no irá nunca. Seguro que se trata de una pieza de un valor muy relativo.

—Aun así, quisiéramos echarle un vistazo —murmuró Chris—. Es para nuestras anotaciones en Occident.

—De acuerdo, les atenderá la señorita Meliés. —Y llamó a voz en grito por el hueco de la escalera—: ¡Señorita Meliés!…

Alguien respondió con entonación armoniosa:

—¿Qué pasa?

—Dos personajes bajan a ver un cuadro. Por favor, enséñeselo.

—Claro que sí, señor Berthelot. Que bajen.

Marc y Chris descendieron a un semisótano que estaba poderosamente alumbrado, de tal forma que las pinturas podían ser examinadas allí tan perfectamente como en una exposición. La señorita Meliés salió a su encuentro.

Marc hubo de reconocer que pocas veces había visto a una mujer tan bonita, tan sugestiva, tan interesante. La señorita Meliés parecía haber surgido del fondo de la historia reuniendo en su cuerpo los atractivos de todas las mujeres estupendas que en la historia se habían sucedido. Tenía la discreta elegancia de una *madame* Recamíer, el misterio de Lucrecia Borgia, las líneas turbadoras de aquella fantástica modelo que se llamó La Fornarina y el suave perfil de Beatriz de Este. Había en ella algo del encanto distinguido que tenía la propia Chris, un encanto que viene de la discreción, la tolerancia y la cultura, y que, por lo tanto, está por encima del dinero y del tiempo. Quizá porque a Marc le gustaban las mujeres como Chris y las consideraba inasequibles, le gustó

tanto la sugestiva mujer que tenía delante. En aquel ambiente, la señorita Meliés era como una turbadora reina.

—¿Desean ver un cuadro? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí. Nos han autorizado para eso…, si a usted no le molesta.

—¿Por qué me va a molestar? ¿Cuál quieren ver?

—El 48.

—Eso es muy antiguo. Este centro se fundó en 1895, de modo que el cuadro que ustedes dicen debe ser de los primeros.

—Seguramente sí.

—Veamos… Todo está bien clasificado, de modo que no es difícil encontrarlo. Pasen.

Les hizo recorrer un pasillo flanqueado de viejas pinturas que daban a aquello un aspecto casi agobiante. Luego movió unas estanterías giratorias. Apartó unos cuadros que estaban apoyados de espaldas en la pared.

Y dijo:

—Éste es.

Marc y Chris se llevaron las manos a la boca. Los dos contuvieron la misma exclamación de asombro.

Porque delante tenían a la asesina.

Porque delante tenían a aquella mujer-diablo.

CAPÍTULO IX

La señorita Meliés susurró:

—¿Qué les pasa?

—Nada —dijo Marc, tratando de serenarse—. Nada… ¿Me permite examinar el cuadro más de cerca?

—Por supuesto que sí.

Marc se acercó, pidiendo a Chris que hiciera lo mismo. Por su relación con artistas, la muchacha podía conocer la antigüedad de una tela. Y hacía falta saber en primer lugar si realmente aquélla tenía la antigüedad que se le atribuía.

Representaba a una mujer joven, de largos cabellos, mirada inquietante, boca quizá algo rígida, expresión reconcentrada y profunda. Sus ropas eran de hacia 1910; eso podía apreciarse muy bien a pesar de que el retrato era sólo de medio cuerpo.

No cabía la menor duda de que Monique Lefevre, antes de morir, había querido señalar la verdadera identidad de la mujer que la mató. Por su conexión con el mundo artístico, la señorita Lefevre debía haber visto aquel cuadro más de una vez, y lo recordó perfectamente al ver a la persona que estaba frente a ella, la persona que iba a matarla… ¡chupándole la sangre!

Chris también pensaba lo mismo. Le temblaban las manos mientras examinaba el cuadro de cerca.

—Es auténtico —musitó.

—¿Cómo lo sabes?

—No sólo por la pintura empleada, en la que se nota ya el paso de los años, sino por la antigüedad de la tela. En efecto, tiene de unos setenta a cien años. Y, por si eso fuera poco, el cuadro ha estado depositado en un centro oficial. Tiene registro de entrada y de permanencia, seguro.

Más garantías no se podían pedir. Especialmente esta última. Un

cuadro que ha estado depositado en un centro oficial, con registro de entrada, ofrece al menos la prueba absoluta de su antigüedad, porque existía cuando fue depositado allí. Y eso era lo único que pretendían Marc y Chris. La perfección artística de la tela no les importaba.

La señorita Meliés susurró:

—Pues claro que el cuadro es auténtico. ¿Quieren ver las anotaciones del registro?

—Por favor, sí.

Ella les mostró un librote enorme y polvoriento cuyas hojas estaban numeradas por años. El acta de entrega del cuadro estaba allí. Había intervenido por una parte el procurador de la República *monsieur* Bartoll, y por otra el notario *monsieur* Laplace. No se podía exigir más autenticidad ni más exactitud. Pecha de entrada en el recinto: 12 de junio de 1909.

Eso impresionó a Marc.

Pero hubo algo que le impresionó más todavía.

Algo que le heló la sangre en las venas.

Porque el cuadro se titulaba sencillamente así: «Retrato de Nathalie Fantome».

CAPÍTULO X

La señorita Meliés bisbiseó:

—¿Pero qué les pasa? Se han puesto muy pálidos… ¿Es que conocían a esta mujer? Por la edad de ustedes dos, no es posible…

—Señorita Meliés…

La voz de Marc era entrecortada. Ella musitó:

—¿Qué?

—¿Puedo llamar a la policía?

—¿La policía? ¿Está loco?

—Tranquilícese. No se ha cometido ningún delito aquí ni usted tiene que ver nada con esto. Pero hay algo que la policía debe saber porque no se le puede ocultar por más tiempo; es algo que está relacionado con este cuadro. Por favor, permítame.

Usó el teléfono que estaba sobre la mesita del despacho sin que la asombrada señorita Meliés se lo impidiera. Apenas quince minutos después se presentaron allí dos inspectores que tenían aspecto de expertos en arte. Y realmente lo eran. El crimen moderno es ya tan complejo que la policía debe tener personal especializado en cualquier cosa. Los dos hombres miraron el cuadro y luego consultaron el registro de entrada. No cabía duda acerca de su autenticidad.

—Gracias —dijo uno de ellos a la señorita Meliés—; nos ha hecho usted un gran favor prestándonos su colaboración. Ahora salgamos. ¿Quieren ustedes venir?

Hablaron en el mismo coche patrulla. Los dos policías eran tipos educados y, por lo visto, jamás se habían tenido que dedicar a perseguir macarras ni chorizos, o a tirotearse con los atracadores por las calles. Los dos pertenecían a una brigada especializada que se dedicaba a fraudes artísticos y comerciales, brigada que estaba formada por abogados, expertos en pintura, contables, ex

inspectores de Hacienda… No había más remedio que estar al nivel de los tiempos.

Uno de ellos murmuró:

—Nos ha explicado usted por teléfono no sé qué de una pastilla de jabón. Enséñenosla.

Marc lo hizo. Dijo dónde la había encontrado y explicó también las líneas de pensamiento que les habían llevado hasta allí.

—Buena imaginación —elogió uno de los policías—. Pero nos encontramos ante el más puro absurdo.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer murió en 1912.

—Había un libro acerca de la familia Fantome que desapareció de la biblioteca de Pierre Lacombe, uno de los asesinados —dijo rápidamente Marc—. Fue eso lo que me hizo sospechar.

—Seguramente ese libro estará en la Biblioteca Nacional —opinó uno de los policías.

—Vamos allá.

Hicieron la investigación rápidamente, pero el libro no estaba. Se trataba de una edición muy limitada y de la que ya no quedaba ningún ejemplar, que se supiera. Tener alguno era una pura casualidad, una chiripa.

—Perderán el tiempo si buscan en las librerías de viejo —opinó el empleado de la biblioteca—. Seguro que no lo tienen.

Estas palabras reafirmaron la impresión que tenía Marc. La asesina se había llevado el libro de Lacombe porque en él estaba su retrato. Y jamás hubieran descubierto la cara que tenía de no haber sido por el último y desesperado intento de Monique para revelar su identidad. Pero el intento de Monique, por fortuna, había dado un resultado perfecto. Ahora sabían qué cara tenía la asesina, ahora sabían quién era.

¡Y la asesina no estaba enterada de eso!

¡Por lo tanto, podrían atraparla!

¡A la primera imprudencia que cometiera, estaba perdida!

En silencio, fueron al Palacio de Justicia, en cuyos sótanos se amontonan miles y miles de legajos, de folios, de copias que ya no consulta nadie. Aquél sí que es el reino del eterno olvido. Los nombres de prestigiosos abogados que en su tiempo hicieron temblar el foro, yacen ahora en el más ignorado de los universos.

Los pleitos que en su día hicieron temblar las páginas de la prensa, ya no los lee nadie. Los discursos, los dictámenes, las opiniones ante el tribunal han muerto como murieron los personajes que los interpretaron. Aquellos pleitos nacieron para resolver una situación concreta y murieron cuando la situación concreta se extinguió. De entre todas las formas del olvido, una de las más absolutas y más patéticas es la de los abogados que un día tuvieron fama.

Pero ahora cuatro personas estaban allí revolviendo los viejos folios: los dos policías, Marc y Chris. No les costó demasiado dar con el proceso que en 1911 se había seguido contra Nathalie Fantome.

Por lo que pudieron leer allí, ésta había sido acusada de vampirismo, causando la muerte de tres personas. En otras palabras: había mordido en la aorta a dos mujeres y una niña, chupándoles la sangre hasta causarles la muerte. Era una forma espantosa de crimen que parecía surgir de las tinieblas de la Edad Media, una forma de crimen que en pleno siglo XX ya no se concebía.

Pero en la historia todo vuelve.

Ha vuelto la importancia de los astrólogos, que constituyen hoy una de las profesiones más buscadas y mejor pagadas del mundo.

Ha vuelto la moda de las misas negras.

Han vuelto los crímenes rituales, como los que cometió el clan Manson.

¿Por qué no pueden volver los vampiros? ¿Es que el vampirismo se ha extinguido alguna vez? ¿Es que estaremos alguna vez definitivamente liberados de los horrores del pasado?

No, quizá no.

Al menos en 1911 el vampirismo había vuelto por obra de aquella satánica mujer que tenía sólo veinticinco años cuando fue condenada a muerte. Pero fuera porque sus crímenes no se habían probado del todo, fuera por su belleza o por su juventud, el presidente de la República se dignó salvarla de la guillotina y enviarla de por vida a una cárcel de mujeres. La fecha exacta de su ingreso constaba también allí.

¿Había cometido nuevos actos de vampirismo en la cárcel? ¿Había asesinado a alguna reclusa? En el proceso no quedaba claro, porque desde la cárcel no habían enviado más que unas notas confusas. Pero una cosa estaba terriblemente clara: las otras

prisioneras habían matado a palos a la reclusa Nathalie Fantome. Ésta había sido enterrada en la fosa común, donde hasta, los huesos se hunden en el más eterno olvido.

Uno de los policías susurró:

—De esto al menos no hay duda. Aquí está el certificado de defunción. Ella murió en 1912.

—¿Y no hay ninguna fotografía *post mortem*? —Preguntó Marc —. He oído decir que se unen a los documentos judiciales.

—Pudo haberla —susurró uno de los policías pensativamente—, pero en todo caso se la habrían llevado. Aquí no aparece ninguna.

—Del mismo modo que nosotros tenemos esto en la mano, pudo haberlo tenido otra persona —dijo el segundo policía—, y llevarse una fotografía no le habría costado demasiado. Estos viejos documentos nadie los vigila.

—¿Pero se da cuenta? —susurró Marc.

—¿Darme cuenta? ¿De qué?

—De que la persona que cometió esos crímenes ES LA MISMA QUE MURIÓ EN 1912. ¡De que por esa fotografía se la podía identificar!

Chris cerró un momento los ojos.

—No creo en los resucitados —dijo tenazmente—. No, en eso no creeré nunca.

—Según la leyenda, los vampiros son inmortales —bisbiseó Marc.

—Según la leyenda, tal vez sí. Pero, según la historia, los vampiros mueren como todo el mundo. Y se pudren en sus fosas.

—¿Estás segura, Chris?

—¡Dios santo, ya no estoy segura de nada!

Uno de los policías susurró:

—Hay otra gestión que hacer. Hemos avanzado bastante, pero esto no está terminado ni mucho menos. Vamos a la Süreté.

En los gigantescos archivos de la Süreté había fichas y notas que se remontaban a la delincuencia de la Revolución francesa. Por lo tanto, tenían que encontrar el atestado policial de Nathalie Fantome. Como en aquella fecha ya se sacaban fotografías de frente y perfil, no cabía duda de que podrían contemplar a gusto a la ilustre dama.

Pero tuvieron una sorpresa. También ella, por lo visto, había

pasado por allí. Aunque los archivos de la Süreté sólo están al alcance de los policías y de algunos abogados, ¿quién podía asegurar que ella no hubiera dado una fuerte propina a alguno de los empleados? Había allí más de ochenta. ¿Eran todos honrados? ¿Y qué cosa más fácil que hacer desaparecer una vieja cartulina por la que nadie preguntaría?

Marc suspiró con desaliento:

—Si conocemos la verdadera cara de esa mujer es por una simple casualidad. Ella sabía que su foto podía estar en tres sitios: en el libro que narra la historia de la familia, en el Palacio de Justicia y en los archivos de la Süreté. En los tres ambientes se ha movido con éxito. Pero todos sus esfuerzos no han servido de nada porque Monique Lefevre, antes de morir, logró imprimir en una simple pastilla de jabón los datos que la identificarían. Esa mujer no tiene salvación. Podemos buscarla por toda Francia.

Uno de los policías hizo un gesto de asentimiento.

—Reproduciremos el cuadro y difundiremos esa cara por todas partes —dijo—. No habrá lugar en todo el país donde se pueda ocultar. Si está en una casa particular, no podrá salir a la calle. Si está en un hotel, la identificarán en seguida. Es cuestión de horas.

Chris hizo un gesto afirmativo, indicando que estaba de acuerdo. Pero preguntó:

—¿Dónde van a guardar ese cuadro? Es muy importante que no se pierda.

—En el sitio donde está no se va a perder. Manos a la obra. Pediremos la ayuda de la prensa para que colabore con nosotros. Dentro de poco todos los rincones de Francia estarán inundados de esas fotografías.

—¿Pero se da cuenta? —Bisbiseó Marc—. ¿Hemos pensado entre todos que vamos a reclamar a una mujer muerta en 1912?

Los dos agentes palidecieron a la vez. De repente parecían haber tenido el mismo confuso pensamiento. Hundieron las cabezas al mismo tiempo, como si tuvieran un solo cuerpo.

—Eso no podemos decirlo —musitó uno de ellos—. La nota a la prensa dirá simplemente que se busca a esa mujer por presunto doble asesinato.

—Se verá que el vestido es de una época muy antigua —indicó Chris.

—Tiene razón. Haremos que el cuadro sea reproducido sólo de cuello para arriba.

Y salieron todos de allí. Aparentemente, estaban muy seguros de sí mismos.

Pero la duda flotaba en sus corazones, la indecisión les corroía. Porque no podían negar que era la primera vez que la policía francesa seguía oficialmente el rastro de una muerta.

CAPÍTULO XI

El teléfono sonó insistentemente en la habitación vacía. Al fin, la mujer que estaba llamando desde el otro lado de París colgó con un gesto de desaliento.

—Es inútil, Marcel —dijo—. Desde hace dos días, Fantine no contesta.

Marcel lanzó un gruñido e hizo sonar sus nudillos uno tras otro. Aquello produjo una serie de crujidos siniestros y que no se parecían en nada, desde luego, a la Novena Sinfonía de Beethoven.

El tal Marcel tenía una pinta de explotador de mujeres que tumbaba de espaldas: traje a rayas, camisa negra, corbata chillona y sombrero de ala estrecha tirado sobre los ojos. Ni que el muy hijo de zorra fuera a interpretar una película. Hizo un gesto de hastío, sacó una navaja de muelles, comprobó su funcionamiento y gruñó:

—Pues que vayan con cuidado, leñe, porque más de uno va a quedar inservible esta noche.

La cortesana que acababa de dejar el teléfono bisbiseó:

—¿Tú qué crees que puede ser?

—Algún fulano que se ha pasado de listo. Vamos.

Y dio a la chica tal manotazo que la dejó un morado. Luego la contempló con indiferencia mientras ella se ponía guapa. Marcel, chulo profesional, era muy aficionado a las chicas, pero el trabajo es el trabajo. Cuando se ponía a darle a la máquina, le daba a la máquina. Si un chulo no es serio en este mundo, ¿quién va a serlo ya?

Se dirigieron al apartamento de Fantine, del cual Marcel tenía una llave. Marcel, que era una institución en los barrios bajos de París y que había rajado ya más de dos docenas de barrigas, se dedicaba a proteger chicas de las que practican el oficio más viejo del mundo. Entendámonos. No es que las explotara de una forma

directa. Ellas tenían sus «asuntos», pero le pagaban una cantidad al mes, y si algún tipo se ponía pesado o amenazaba con hacerles algún daño, llamaban al buen hermanito Marcel y el buen hermanito Marcel rompía una cara o desgarraba una tripa, según como fueran las cosas. Luego las chicas le daban las gracias, le decían «Hasta pronto», y en paz.

Total, que era un trabajo serio. Vaya usted a averiguar si hay por ahí algún fontanero o algún sastre que tenga tanta palabra como Marcel.

Éste husmeó el aire quieto de la habitación vacía.

—No me gusta —gruñó.

—Seguro que a Fantine la llamó alguien —dijo la cortesana, con voz gimiente—. ¿Pero quién? Tienes que hacer algo, Marcel. Fantine era mi mejor amiga.

Palideció.

—Hum… Ella siempre fue muy cuidadosa —gruñó Marcel—. Siempre anotaba todas las llamadas en una especie de libro de negocios. Espera.

Y lo buscó. Sabía dónde estaba.

El último día debía haber sido bueno para la virtuosa niña, porque tenía tres llamadas y detrás de cada una había puesto: «500 francos». Eso indicaba que había regresado, anotando la cantidad cobrada. Pero detrás de la última llamada no había escrita cifra alguna. Eso indicaba que Fantine no regresó jamás.

Marcel tomó nota «Rué
L'Epicerie».
El número era el 12. El fulano se llamaba Dupré. Buen provecho.

Para las lápidas siempre van mejor los nombres que no tengan más de dos sílabas.

—Acompáñame, maja. Quiero que veas cómo se raja a un tío.

—Oye, tú no me metas en tus líos, Marcel. Que luego son diez años de cárcel…

—¿Diez años? Nanay… Marcel es un profesional, Marcel no deja huellas ni nada que le comprometa. Cuando haya rajado al tío, nos bebemos su coñac y nos divertimos a su costa. Para que aprenda. Luego nos llevamos a Fantine, a la que debe tener convertida en una especie de prisionera. Y aquí paz y después gloria, leñe. He dicho.

Volvió a probar la navaja y salieron.

Marcel tenía un «Maseratti» ganado con su honrado trabajo.

¡Pues no faltaba más! ¿O es que un hombre con carrera no va a poder hacer algunos pequeños gastos?

Rodaron hasta la rué
L’Epicerie.

La casa estaba al fondo.

Hacía esquina. Dos árboles la tapaban casi enteramente. No había luz en las ventanas. Una solemne reja la cerraba, dando la sensación de que no había sido tocada desde los días de la batalla de Verdún.

La misma impresión casi angustiosa que había tenido Fantine cuando llegó allí la tuvo ahora Marcel, pero los resultados fueron diferentes. Marcel tocó de nuevo su navaja y ordenó a la mujer:

—Tú quieta junto a la puerta. Y chitón.

—Muy bien. ¿Pero qué hago?

—Cuando veas salir la sangre del inquilino por las tuberías de desagüe, llama al fontanero. He dicho.

Y entró.

Seguía teniendo la misma sensación extraña y deprimente que había tenido Fantine.

Vio el vestíbulo envuelto en una luz violácea.

Las solemnes escaleras.

Las sombras que flotaban en el aire.

Pero el tío hizo crujir los nudillos, se encajó la americana de solapas anchas y subió mientras lanzaba un par de tacos. Si a él le venían con chorradas iba a empezar a navajazos con el primero que apareciese, aunque sólo quisiera preguntarle la hora.

Llegó arriba.

Y entonces oyó crujir la puerta.

Palideció.

Bueno, eso sí que era el colmo.

Chorraditas a él, ¿eh?

Empujó aquella puerta.

Y vio el ataúd.

Velas apagadas.

Sombras.

Sensación de muerte.

Pero Marcel no era de esos fulanos que se impresionan. Lo único que pensó fue: «Bueno, de modo que ese tío se paga el ataúd él mismo, ¿eh? Pues estupendo…».

Y siguió avanzando.

Pero aquella soledad, aquel silencio de tumba, aquellas sombras que parecían flotar en el aire, estaban acabando con sus nervios. Empujó la puerta de otra habitación.

Y vio una cama en cuyas ropas aún se marcaba la forma de un cuerpo. No de dos cuerpos, sino de uno solo. Acostumbrado a que la vida se desarrolle siempre entre parejas, Marcel tuvo la sensación de que se enfrentaba a lo desconocido. Sacó la navaja y avanzó de nuevo con todos los nervios tensos.

Otra puerta.

Un chirrido a su espalda.

La sensación de muerte…

Se volvió de nuevo mientras su boca se crispaba en una mueca de odio.

Y de pronto farfulló:

—Pero… pero en nombre de todas las tías buenas de París…, ¿qué es esto?

CAPÍTULO XII

En efecto, al ver a aquella mujer uno tenía que pensar por fuerza en todas las «tías buenas» de París, pero de una manera distinta. Porque la que estaba allí ahora, en el umbral, tenía distinción. Tenía clase. Tenía curvas. Tenía la categoría suficiente como para volver loco a un ministro o un banquero. Ésa era la clase de mujeres que da auténtico porvenir a un tío. Ésa era la clase de mujeres a las que da gusto proteger.

Marcel gruñó de todos modos:

—¿Quién es usted?

Y miró la bata transparente. Miró lo que había debajo: corsé, medias finas, zapatos de calidad, un collar de perlas al cuello. Todo un poco «viejo estilo», tal vez, pero los hombres con pasta siguen siendo amantes de los viejos estilos, de los tiempos en que las mujeres eran mujeres de verdad. Marcel entendía de eso a la hora de valorar un buen negocio.

Ella bisbiseó:

—Me llamo Nathalie.

—Nathalie… ¿y qué más?

—Nathalie Fantome.

—Pues vaya chorrada de nombre. ¿Y a qué te dedicas, nena?

—Tengo una casa donde recibo visitas. Es ésta.

—No me parece mal. Recibir visitas es una sana costumbre, siempre que no se trate de policías ni recaudadores de contribuciones. Pero ¿qué tiene que ver ese ataúd de la otra habitación?

—Hay manías para todos los gustos. Ya se sabe.

—Pero ese ataúd es muy viejo…

—Sí.

—¿De quién es?

—Mío.

Marcel se estremeció. No supo bien por qué, pero a pesar de toda su estructura atlética, a pesar de toda su planta, se estremeció. Aquel aire que respiraba no era de su gusto. Le helaba los pulmones sin saber por qué.

—De modo que tienes hasta un ataúd para los maniáticos —dijo —. Pues a eso se le llama organización…

Y hasta habrá a quien le guste vestirse de sereno y de lampista, digo yo. Hay tío que debe venir a curarse los complejos que arrastra durante toda su vida.

—Dímelo a mí…

—Pues yo tengo el complejo de querer saber dónde está Fantine. Dímelo o te rajo.

—¿Es que la proteges?

—Digamos que cuido de ella. Por lo tanto, quiero encontrarla. Abre la boca o te saco la dentadura por las uñas de los pies. He dicho.

La mujer sonrió dulcemente. Había en ella algo que embriagaba, algo que hipnotizada sin que pudiera decirse en qué consistía.

—Ahora te la mostraré, no te preocupes. Ella ha ganado más dinero aquí en dos días que en toda su vida anterior. Ven aquí, hombre. ¿Por qué estás tan quieto? Los tipos como tú me gustan…

Y abrió los brazos.

Era como si abriese dos alas.

¿Por qué tuvo Marcel aquella absurda, aquella extraña sensación?

¿Por qué pensó en un vampiro?

¿Y por qué había en ella tanta seducción, una tan misteriosa fuerza hipnótica?

Pero el «negocio» de un tipo como Marcel se basaba en no dejar indiferentes a las mujeres, de modo que se lanzó al ataque. A aquélla la «protegía» desde el día próximo o él no era un hombre. Clavó la navaja en una de las mesas y fue hacia los brazos que le aguardaban entre las sombras.

Hundió sus labios en aquellos labios.

Unos labios fríos. Como muertos.

Ella apartó un poco la boca.

Pareció como si fuera a besarle en el cuello.

Marcel no se movió. A las mujeres conviene dejarlas hacer.

Apenas sintió el contacto de los dientes.

Era como si estuviese hipnotizado.

Como si no se diera cuenta de nada.

Igual que si no existiera el tiempo. Ni la vida, ni la muerte. Ni el espacio.

Ella apretó un poco más.

La sangre salpicó en silencio la americana negra.

Capítulo XIII

La otra chica ya estaba harta de permanecer quieta en la puerta como si fuese una muestra en un escaparate. Consultó su reloj y vio que Marcel ya llevaba más de veinte minutos dentro. Para pegar dos gritos y dos navajazos era tiempo más que suficiente.

De modo que al fin resolvió entrar ella también. Le iba a oír aquel chulo de barriada, si lo que quería era dejarla plantada en una esquina.

Penetró en el vestíbulo.

Lo vio todo siniestro y oscuro como lo había visto Marcel, como lo había visto Fantine. Distinguió la escalera solemne y pétrea que llevaba al piso superior.

Y palpó aquel silencio, aquella soledad. La sensación de haber penetrado en otro mundo se le llegó a hacer casi insoportable.

—Marcel… —llamó—. Marcel…

Sólo le respondió aquella lóbrega quietud del aire.

La mujer sintió el miedo hasta el fondo de su sangre. Pero fue precisamente el miedo lo que la obligó a seguir, ya que ella no se atrevía a salir de allí sin Marcel, no se atrevía a cruzar sin él la calle solitaria.

Volvió a llamarle.

Y otra vez el silencio.

Otra vez la nada.

Ella giró sobre sus tacones. El chirrido de éstos le produjo un escalofrío. Miró hacia arriba porque le parecía haber visto un reflejo en una de las ventanas.

Y entonces la distinguió.

Estaba allí.

Colgada. Tapando la ventana. Tapando la luz.

Fantine.

Fantine, convertida en su propia momia. Fantine, espantosamente blanca.

De la garganta de la mujer escapó un grito gutural, ahogado, intermitente, mientras intentaba echar a correr hacia la puerta. Pero sus piernas fallaban, los músculos parecían habérsele roto y era incapaz de seguir. Tropezó con una butaca, vaciló y tuvo que sujetarse a una cuerda que cruzaba el vestíbulo y que parecía cortarle el camino.

La cuerda quedó tensa y eso hizo funcionar algún resorte que ella ignoraba, algún mecanismo que abrió de golpe la puerta que estaba en lo alto de las escaleras. El cuerpo de Marcel, que estaba apoyado en el otro lado de la hoja de madera, pareció salir despedido por el hueco, como si una fuerza diabólica la empujase.

Dio varias vueltas de campana en las escaleras.

Todo su cuerpo pareció desintegrarse en el aire.

Y la mujer que estaba abajo lanzó una corta serie de gritos de horror, mientras intentaba retroceder llevándose ambas manos a la garganta. Pero ni eso pudo lograr. Las piernas no la sostuvieron. Cayó sobre una de las butacas, rodó por el suelo, se dio cuenta de que iba a caer sobre el cadáver de Marcel…

Porque éste, en efecto, estaba muerto. Era una especie de pingajo blanco cuyos ojos muy abiertos reflejaban un infinito asombro, un infinito horror. Las manos estaban como agarrotadas en torno al cuello, donde se veían unas marcas rojas.

La mujer gateó por tierra. No tenía ni fuerzas para ponerse en pie. Tropezó de cabeza con una de las puertas.

Y ni se dio cuenta de que la abría.

No pudo ver más que la luz irreal de los hachones encendidos, cuando entró en aquella desconocida habitación. No pudo ver más que el ataúd, que de pronto estaba ahora en la planta baja. No pudo ver más que aquella vieja caja mortuoria…, ¡dónde descansaba una mujer!

La cortesana se puso en pie como si la impulsara una fuerza que no venía de ella misma. De su boca no partió más que una especie de ronquido que no parecía humano. El miedo la agarrotaba de tal modo que no podía huir, no podía pensar. Sólo podía…

… ¡VER!

Y veía aquel cuerpo diabólicamente hermoso, veía aquellos ojos

abiertos, aquellos labios por los que aún resbalaba la sangre. Ni en las películas de horror de su niñez se había encontrado con nada semejante. Ni en sus sueños más malditos. Ni en sus noches más cargadas de niebla.

Bruscamente, se dio cuenta de algo que nunca creyó pudiera existir.

Estaba ante una creación del Más Allá.

Estaba ante una mujer-vampiro.

Febrilmente, buscó algo con que atravesarla, movió las manos para procurarse algún arma imposible. Pero entonces un nuevo gemido de horror partió de su garganta al darse cuenta de que la desconocida se alzaba, de que la miraba fijamente, de que tendía los brazos hacia ella…

Lanzó un grito lacerante.

Pero nadie pareció oírla desde el exterior. La noche se lo tragó todo. Bruscamente, aquellas manos la sujetaron y aquellos labios terriblemente rojos fueron también hacia su garganta.

Ya no pudo más.

El grito moría en su boca.

Las fuerzas la abandonaban. Las rodillas cedían.

La presión de los dientes en su piel fue casi como un alivio, como una caricia. Y es que la muerte es siempre mejor que el miedo. Y es que a veces la muerte libera de las tinieblas del horror.

Las sombras, que lo llenaban todo, fueron haciéndose más quietas, más espesas y más solemnes.

CAPÍTULO XIV

—El vampirismo no es más que una tara mental —dijo el profesor Condorcet, que había sido llamado de forma expresa para asesorar a la policía—. Por supuesto que ni los vampiros tienen una vida eterna, ni se alimentan con sangre, por lo que resulta completamente absurdo buscar una mujer que nos consta murió en 1912. Todos los periódicos de Francia han aparecido durante dos días publicando ese retrato, cosa que a mí me parece perfectamente absurda. Aunque la policía ha tenido el mayor interés en no decir nada de que ese retrato pertenece a una muerta, algunos reporteros avispados ya han hecho comentarios irónicos que no favorecen en nada el prestigio de la ley. Por descontado que yo no seguiría por ese camino.

Encendió de nuevo su pipa, que se le había apagado un minuto antes, y continuó mientras miraba a Marc y a Chris, que formaban parte de su grupo de oyentes:

—Todo esto que estoy diciendo lleva a una sola conclusión: los vampiros, como seres inmortales y que viven de sangre humana, no existen. Ahora bien, el vampirismo puede ser una manía, una forma de la locura, como lo son el sadismo y el masoquismo cuando llegan a extremos notables. En este sentido, todo lo que he podido averiguar sobre la familia Fantome me lleva a la conclusión de que tenían esa tara hereditaria. Una especie de maldición se transmitió en ellos a través de los siglos.

—¿Pero afectaba a toda la familia? —Preguntó Marc—. ¿Es eso posible?

—No, en este caso no lo es. Las viejas leyes de Hendel ya demostraron que los caracteres hereditarios se transmiten según unas reglas, de modo que lo mismo cabe decir de la familia Fantome. A lo largo de los siglos, ésta dio personajes de gran altura

moral, por lo que realmente podemos decir que fue una de las familias más ilustres de Francia. Pero de vez en cuando, cada dos generaciones o tres, uno de sus miembros aparecía con esa especie de mancha negra: sentía la llamada de la sangre. Eso hizo que una familia tan ejemplar en muchos aspectos se transformara en otros en una familia tan siniestra.

Chris preguntó con voz opaca:

—Pero la mujer que murió en 1912, es decir, Nathalie Fantome, era la única descendiente, ¿no? La familia terminaba con ella…

—En efecto, porque ya no había ramas colaterales ni nada parecido. Y puesto que Nathalie no tuvo ningún hijo, la familia hay que darla por extinguida.

—Entonces, ¿qué explicación se puede dar a lo que está sucediendo ahora? —preguntó uno de los policías que asistían a la charla.

—Francamente, ninguna.

—Tiene que haberla… —susurró Marc.

—Nathalie Fantome no puede haber resucitado. Cierto que no podemos dar con su tumba, puesto que según los archivos judiciales fue sepultada en la fosa común, pero el hecho de su trágico fin no admite ninguna duda, absolutamente ninguna. En consecuencia, no puede ser ella la que está metida en esta sangrienta fiesta.

—¿Pues quién?

—Tienen que buscar a otra persona —dijo el profesor Condorcet —, pero con la familia Fantome no busquen relación alguna porque se equivocan. Sería como creer que los vampiros existen y, además, tienen una vida eterna.

El policía que había hablado antes dio unos pasos por la habitación en que tenía lugar la charla. Mientras movía pensativamente la cabeza, dijo:

—De todos modos, hay algo seguro. Si la mujer cuya imagen hemos difundido por toda Francia existe realmente, daremos con ella. No podrá moverse, no podrá salir a la calle sin que la reconozcan. Podemos considerar que ya la tenemos en nuestras manos. Esto es algo que no puede fallar.

En aquel momento sonó el teléfono.

El inspector lo descolgó.

Oyó algo.

Y de pronto empezó a palidecer mortalmente.

Sus ojos se desencajaron mientras temblaban sus dedos.

—¿Pero qué dice? —barbotó—. ¿No trata de burlarse de mí? ¿Se da cuenta de lo que me está contando? ¡PERO SI ES IMPOSIBLE!…

* * *

Le costó trabajo incluso colgar el teléfono. Cuando al fin lo hizo, tenía las facciones desencajadas.

Los compañeros que estaban con él le miraban expectantes. Por unos instantes se produjo un silencio que llegaba a destrozar los nervios. Por fin fue Marc el que preguntó:

—¿Pero qué es lo que le han dicho? ¿Qué pasa? —Han dejado sin sangre a una muchacha en un sitio increíble.

—¿Dónde?

—En un vagón del tren que va a *Tours*. Estaba formado en la estación y la niña se encontraba sola en un departamento. Cuando su hermano mayor ha vuelto después de comprar unas revistas, la ha encontrado muerta…, desangrada y con unas señales en el cuello. El forense dice que esas señales han sido producidas por una dentadura humana.

Chris sintió una especie de crujido en su propia garganta. Mientras hundía la cabeza, balbució:

—Dios mío…

—Pero en la estación habría mucha gente… —susurró Marc, sin poder creerlo—. Esa mujer, la asesina, tuvo que cruzar un andén, tuvo que exhibirse, tuvo que comprar un billete para subir al tren, tuvo que enseñarlo a algún empleado… ¡Quizá centenares de personas la pudieron ver! ¡Es absurdo!

Los policías debían pensar lo mismo. A pesar de que eran hombres de experiencia, se miraron aterrados. Sabían que, en efecto, era absurdo. Y cuando se trata de crímenes, la palabra «absurdo» y la palabra «inexplicable» siempre destruyen la moral incluso del hombre más preparado.

—Tuvieron que verla… —barbotó el propio Marc.

—Eso lo sabremos en seguida. Vamos allá.

—¿Podemos acompañarles? —preguntó tímidamente Chris.

—Ustedes fueron los primeros que descubrieron este asunto, de modo que quizá puedan ayudarnos —dijo el inspector—. Vengan.

Fueron a la estación de Lyon. Uno de los andenes había sido acordonado y no se permitía acercarse a nadie. En la vía contigua descansaba un solo vagón, el cual había sido separado del resto del convoy. Una nube de gendarmes lo llenaba todo.

El inspector Nagy, que era el que parecía llevar el peso de la investigación, se acercó a un hombrecillo vestido con un uniforme marrón y que miraba aterrado ante sí, como si pensara que iban a guillotinarlo. Le mostró una foto. La que había reproducido toda la prensa de Francia.

—¿Era ésta? —preguntó.

—¿Quién?

—La mujer que vio usted subir. Porque la vio, ¿no?

—Perfectamente.

—¿Y no era ésta?

—¡Qué va!

Nagy pareció totalmente desconcertado.

Se volvió a Marc, que estaba junto a él.

—Entonces por eso ha podido pasearse por todas partes sin llamar la atención —farfulló—. Era otra.

—¿Quiere decir que hay dos… dos mujeres vampiro?

—Yo ya no digo nada. Ya no pienso nada. Lo único que afirmo es que, indudablemente, no era ésta.

—Quizá se disfrazó y maquilló.

El inspector Nagy hizo un gesto indicando que aquello podía ser cierto. Se armó de paciencia. Como tenía varias copias de la fotografía, tomó una de ellas y le dibujó con bolígrafo unas gafas. La mostró al empleado.

—No —dijo éste.

—¿Iba sin gafas?

—Sí.

—¿Color del cabello?

—Negro.

—Pues la hemos fastidiado, porque la mujer de la fotografía es rubia. Pero eso se arregla pronto. A ver.

Y con el bolígrafo cambió el color del pelo. Pero el hombrecillo del uniforme marrón siguió haciendo gestos negativos con la cabeza.

—No, no era ésta —dijo—. Ni disfrazándose. No se parecía

absolutamente en nada, se lo digo yo. Era distinta.

Marc sintió que unas gotitas de sudor corrían por su rostro. A Chris le castañeteaban los dientes.

Pero su cerebro seguía funcionando con rapidez; con más rapidez incluso que el de los dos policías, que en sus actos se dejaban llevar mucho por las normas y la rutina. Fue la muchacha la que preguntó:

—Guardan los informes completos sobre la autopsia de Pierre Lacombe y Monique Lefevre, ¿no es así?

—Pues claro que los guardamos. No pretenderá que echemos a la papelera una cosa semejante.

—Entonces vamos a verlos.

—¿Para qué?

—Para medir las huellas de los dientes. Para saber si es la misma dentadura la que ha causado los tres asesinatos.

—Claro… ¿Cómo no se me había ocurrido a mí antes? ¡Pues es verdad! ¡Eso es lo primero que hemos de hacer!

Abandonaron aquel recinto donde sólo imperaban el estupor y el miedo y se dirigieron a otro recinto no demasiado lejano donde sólo imperaba la ciencia. El Instituto Médico Legal funcionaba a todo tren. En París mueren al día unas cinco personas en accidentes de tráfico, y a las cinco se les practica la autopsia. Muere también una persona asesinada, como promedio diario. Se piden pruebas forenses para al menos ocho presuntos infanticidios al día y para al menos diez delitos de abusos deshonestos, lo que requiere delicados análisis. A veces no se descansa en aquel lugar ninguna de las veinticuatro horas del día.

Las fotografías de las marcas de dientes en los cuellos de las primeras víctimas eran perfectas. Un técnico las comparó con las halladas en el cuerpo de la niña, cuerpo que ya había sido traído allí.

Hizo una serie de mediciones.

Repitió el examen.

Volvió a medir.

Y al fin dijo con un hilo de voz, donde imperaba el más absoluto pasmo:

—Son idénticas. Seguro que son las mismas… Sólo una persona ha causado todas esas muertes…

CAPÍTULO XV

Lo mismo Marc que Chris sintieron nacer de nuevo en sus corazones no sólo el horror, sino también el odio. Tener el cadáver desnudo de aquella niña de trece años delante de los ojos les causaba una especie de estupor, una sed de venganza que sólo podía calmarse con un artefacto de larga e ilustre historia: la guillotina. La monstruosa mujer que había causado aquella última muerte no merecía perdón. Podía ser una loca, eso sí, pero las dolencias de la cabeza se curan con un sistema muy sencillo y que no tiene más problemas: se corta la cabeza. Y en paz.

La propia Chris se avergonzaba de sí misma al pensar eso. Pero pensaba también que la amenaza de aquel monstruo sólo podía borrarse con la muerte.

El inspector Nagy balbució:

—Pero entonces, si en todos los casos ha sido la misma mujer…, ¿cómo no la ha reconocido nadie? ¿Cómo puede decir aquel empleaducho que era otra?

—Lo curioso era que estaba muy seguro —susurró Marc—. Y no mentía.

—Pero entonces es para volverse loco…

—Me temo que lo estamos ya, inspector.

El aludido cerró un momento los ojos. Tenía la extraña sensación de que le habían pinchado en ellos. Mientras apretaba los puños, farfulló:

—Creo que necesito hablar de todo esto con calma, anotando dato a dato. Hay que hacer un examen de la situación y ver detalle por detalle qué es lo que nos ocurre. Tiene que haber una explicación lógica, tiene que haber algo que concuerde…, ¡estamos en el siglo veinte y estamos entre seres humanos! ¡Aquí no hay nada del Más Allá!

La muchacha dijo, con un hilo de voz:

—Ya empiezo a dudarlo, inspector.

—¿Por qué dice eso?

—No sé… Todo es como una pesadilla sin sentido. Hay momentos en que pienso que hemos bebido demasiado sin darnos cuenta, que vemos las cosas al revés… Si esa mujer es la misma que cometió los anteriores crímenes y no iba disfrazada cuando llegó a la estación de Lyon…, ¿cómo es que el empleado no la reconoció?

—Eso es lo que me hace pensar que quizá estoy borracho —dijo sinceramente el inspector Nagy—. No entiendo nada, pero de todos modos estoy seguro de que llegaremos a alguna conclusión si lo examinamos todo detalle a detalle. Hemos de empezar por algún sitio.

Marc produjo un crujido con sus nudillos.

—¿Y dónde vamos a examinar eso? —Preguntó—. ¿Aquí, en el depósito de cadáveres?

—Vengan a mi casa. Vivo cerca. Quizá ante un vaso de *whisky* veamos las cosas con un poco más de claridad.

Nadie se opuso a aquella proposición, puesto que, al fin y al cabo, lo que deseaban era salir de allí, abandonar aquel ambiente opresivo de los cuerpos amarillos y las mesas blancas. Hasta las baldosas de las paredes olían a muerto. En cambio, Nagy tenía un apartamento en un lugar tranquilo, en una de esas calles del viejo París donde aún se conservan, como por un milagro, un árbol, una zona de hierba donde da el sol y una fuente. Nagy era soltero y su apartamento tenía un cierto desorden, pero era confortable. Una criada de media edad les abrió la puerta. Tenía cuerpo de bretona con buena salud. Miró a Nagy y dijo en seguida, con voz velada:

—Han traído el cofre que usted pidió, inspector.

—¿Qué cofre?

—El que usted encargó en Brest. Portes pagados.

Nagy hizo un gesto de hastío.

—Debe ser una confusión. Yo no he encargado nada.

—Pues lo han traído y lo han dejado en la salita. Dicen que es para usted.

—¿Un cofre?

—Y enorme. Entre cuatro hombres no podían con él. También ha tenido usted un buen capricho al encargar eso.

Nagy palideció. Miró atentamente a la mujer mientras susurraba:

—¿Dónde lo han dejado?

—Ahí, en la sala.

—¿Y han dicho que era para mí?

—¡Pues claro! ¡Piensa que, si llega a ser del vecino, cargo yo con un trasto semejante! ¿O dónde se cree que vive usted? ¿En el palacio del Presidente? ¡Al fin y al cabo, esto no es tan grande como para andar con bromas!

Nagy hizo un gesto de resignación.

—Está bien, está bien… Yo no he encargado ese cofre, pero de todos modos veamos de qué se trata. Seguro que se han confundido…

Y todos fueron a la sala. En el centro de ésta, gran parte del espacio estaba ocupado por un enorme baúl que parecía de los que antaño se empleaban para las mudanzas. Tenía bordes de hierro y parecía de una gran solidez. Bastaba verlo para darse cuenta de que, en efecto, cuatro hombres apenas habrían podido con él.

Todos se detuvieron a mirarlo, pero nadie supo qué pensar en aquel momento. Fue Marc solamente el que tuvo la intuición. Fue él quien dijo:

—Por favor, ábranlo.

Nagy se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que está pensando?

—Quizá nada, pero, por favor, insisto en que lo abra.

No había llave en aquel enorme cofre, de modo que no resultaba tan fácil hacer lo que Marc decía, pero de todos modos entre Nagy y él pudieron forzar las cerraduras. La tapa del enorme cofre se alzó con un chirrido, como si fuera la losa de una tumba.

Y eso era realmente.

La tumba más siniestra que pudieron imaginar jamás.

Porque dentro estaban los cuerpos de dos mujeres y un hombre. Tres cuerpos terriblemente blancos, terriblemente retorcidos, con el miedo reflejado aún en sus ojos, muy abiertos. Tres cuerpos que parecían venir del Más Allá, de un mundo misterioso donde sólo imperaba el horror.

Tres cuerpos que, como los otros, no conservaban en sus venas muertas ni una sola gota de sangre.

CAPÍTULO XVI

El coche en el que viajaban tres técnicos del gabinete de identificación casi chocó con otro, patinó en el asfalto, dio media vuelta, invirtiendo el sentido de la dirección, y estuvo a punto de empotrarse en un escaparate. Luego se caló mientras los tres hombres saltaban a tierra como tres fugitivos a los que persigue la policía.

Ellos mismos eran la policía, pero daba la sensación de todo lo contrario. Llegaron jadeantes hasta la silenciosa habitación donde estaba el baúl con los tres cuerpos.

Cualquiera de los hombres que acababan de llegar era un archivo viviente, porque conocían a todos los delincuentes y pseudodelincuentes de París. Por eso no les resultó nada difícil identificar a los cadáveres.

—Éste es Marcel, un chulo, un gigoló. Vivía de las mujeres, aunque nunca pudimos probar que las extorsionara. Por esa razón no le detuvimos jamás, aunque varias veces estuvimos a punto de hacerlo.

Nagy había quedado sin habla. Tanto, que tuvo que hacer un esfuerzo casi ímprobo para musitar:

—¿Y esas mujeres? ¿Tenían algo que ver con las actividades de Marcel?

—Sí —dijo el segundo de los técnicos—; yo he trabajado muchos años en la Brigada de Costumbres y se me quedan pintadas las caras en la memoria, aunque a veces no me acuerdo bien de los nombres. Estas dos chicas habían hecho «letrottor» en otro tiempo. Quiero decir que iban por la calle en busca de clientes. Normalmente no se las molestaba, pero dos veces intervinieron en escándalos y entonces se las fichó; debe hacer de eso unos años, no sé. Como tener una ficha no es cómodo, cambiaron de rumbo. Imagino que

alquilaron un apartamento y se dedicaron a recibir llamadas de hombres. Esa clase de chicas reciben llamadas o van a los domicilios, según. El hecho de que estén aquí juntas indica que fueron al domicilio de un mismo hombre o al menos de alguien que tenía voz de hombre. ¿Cuál? Eso es algo que nosotros no podemos averiguar ahora. Es trabajo de otro departamento, inspector Nagy.

Éste había quedado de pronto tan pálido como los tres cadáveres. Se le notaba al borde de sus fuerzas. Con una voz que no parecía la suya, balbució:

—Pero el hecho de que están absolutamente desangrados indica que… que… ¡Diablos! ¡Me estoy armando un lío! ¡Por primera vez en mi vida, me parece como si hubiese perdido el habla!

—Creo que la respuesta la tenemos todos delante —musitó Marc —. Se trata de nuevos casos de vampirismo. Nos guste o no, ésa es la siniestra verdad.

—¿Pero vampirismo… hoy?

—¿No se cometen de nuevo asesinatos rituales, inspector? ¿No se ha vuelto en cierto modo a muchas negruras de la Edad Media? El desenfrenado progreso material y la destrucción de la Naturaleza, ¿no ha hecho que muchas personas se refugiaran de nuevo en el mundo del espíritu? La inmensa mayoría de ellos lo han hecho para lo bueno, pero algunos pocos pueden haberlo hecho para lo malo. En algunos espíritus, el miedo y la superstición son factores decisivos, y ello ha ocurrido en todas las épocas, pero sobre todo en ésta. No debería asombrarse tanto.

Nagy cabeceó afirmativamente. Todo aquello parecía destrozarle los nervios. Pero al fin se sobrepuso y dijo con voz impersonal:

—Quiero que vengan los fotógrafos y los expertos en huellas. Que averigüen todo lo posible, pero que se lleven esto de aquí. En nombre de todos los infiernos… ¡QUE SE LLEVEN ESTO DE AQUÍ!

Estaba a punto de perder los nervios. En cambio Marc parecía fascinado por aquel misterio como si acabara de entrar en un mundo en el que sólo podían penetras unos pocos elegidos, aunque a esos elegidos también les aguardara la muerte.

Descolgó el teléfono. Quería hablar con el editor que le había prometido comprarle su libro, puesto que ahora empezaba a estar seguro de que podría terminar algo absolutamente fuera de serie, algo que cambiaría su destino.

Pero le respondió una voz ronca:

—¿Ese tipejo? Le estamos embargando los muebles. Hace tiempo que no paga a nadie, de modo que hará bien en buscarse otro editor. Ah… Si nos da su domicilio, le embargamos con mucho gusto a usted también.

Marc dijo con un hilo de voz:

—No, gracias. Me parece que lo único que tengo mío es la corbata.

—Pues consérvela. Le va a hacer falta.

—¿Para qué?

—Para ahorcarse con ella. Jo, jo… ¡No sería el primer caso, amigo! ¡Siempre es mejor eso que intentar ahorcarse con una tira de papel higiénico!

Y el fulano que estaba al otro lado del cable colgó. El tío estaba embargando muebles todo el día y aún se sentía de buen humor… Marc Cristel colgó también mientras notaba un sabor amargo en la boca.

El editor con el que había comprometido aquel relato estaba en quiebra. Por lo tanto no había salida posible.

Telefoneó a Couchelle. Una voz melosa le respondió:

—¿El señor Couchelle, el editor? Ah, no, no está ahora… Yo soy su profesora de yoga. Calculo que dentro de media hora vendrá por aquí.

—Ah, ¿pero el señor Couchelle practica el yoga?

—Sí, para relajarse y olvidar sus problemas.

—No serán los problemas que tiene para pagar a sus empleados… Los sobres con los salarios le caben en una caja de fósforos, oiga.

—Todo el mundo tiene dificultades, amigo —dijo la voz femenina con la misma suavidad—. Pero a mí eso no me afecta porque yo solamente soy la profesora de yoga. Llame dentro de media hora si puede.

—Gracias —dijo Marc—, perdone.

Y colgó.

Una nube de preocupación cubría su rostro. A ver si después de tantos líos se iba a quedar sin editor. Pero no… Couchelle era un fulano rico y que además olía los buenos negocios. Él no fallaría.

Dirigió una última mirada al enorme cofre donde estaban los

cadáveres y tuvo una crispación en la garganta. La idea de la muerte penetró en su corazón de una manera tan intensa que casi se mareó. Fue a la habitación contigua, donde Chris estaba hablando con dos agentes de la Süreté.

La muchacha le miró.

—Creo que nada tenemos que hacer aquí —dijo con voz opaca.

—Sí, es cierto.

—Vamos a algún sitio donde se pueda respirar.

Los dos salieron. El aire de aquel apartamento se les había hecho agobiante. Estaban en la acera cuando otro coche de la policía llegó a gran velocidad; éste venía cargado de fotógrafos y expertos en huellas, además de un forense aburrido que masticaba lentamente un bocadillo de carne picada.

Marc y Chris se alejaron calle abajo, mientras aún sentían como si les costara respirar. Unos minutos después se las había tragado la neblina baja que llegaba desde el Sena. No eran en la distancia más que dos imprecisas sombras.

* * *

Marc encendió un cigarrillo, pese a que casi nunca fumaba. Mientras exhalaba pensativamente el humo susurró:

—Mira, Chris, ahora sí que estoy absolutamente seguro de que no encontrarán a esa mujer, y no la encontrarán por la sencilla razón de que no existe.

Ella le miró como si pensara que, de pronto, su acompañante se había vuelto loco.

—Si mata es que existe —dijo.

—Pero no tiene la cara que aparece en esas fotografías.

—¿Y qué otra cara va a tener? El cuadro es absoluta y rigurosamente auténtico, no cabe ninguna duda. Dimos con él por pura casualidad. Es la única pista que tenemos.

—Bueno, pero ese cuadro ha sido reproducido en todos los periódicos de Francia. ¿Sabes lo que eso significa? Millones y millones de ojos que ven; sólo con que esa mujer se hubiera asomado a una ventana, la habrían descubierto —recapituló Marc —. Por supuesto que es posible que viva en una cabaña aislada de cualquier pueblo abandonado, pero para ir a la estación de Lyon y cometer su último crimen, ha tenido que atravesar París, ha tenido

que exhibirse. No… Es absurdo.

Y continuó, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos:

—Hay algo más. No te he comentado todavía eso, pero sé por el inspector Nagy que se ha hecho una investigación total no sólo en la oficina de pasaportes, sino en la central de los documentos oficiales de identidad que extienden las autoridades. Toda persona de esa edad en Francia debe tenerlo o no podría prácticamente vivir, porque es un documento que hace falta en todas partes. Pues bien, millones de fotografías han sido examinadas y no aparece ninguna con esa cara. Ni ninguna que se le parezca.

—Por lo tanto, ¿qué conclusión sacas?

—Que es una mujer que no existe.

—Entonces hemos llegado al más puro de los absurdos, Marc. Hemos sobrepasado los límites del Más Allá.

—Tal vez no me haya expresado bien —dijo él con desesperanza —. ¿Qué sabemos realmente de los vampiros? Las leyendas dicen que cambian de aspecto y de forma, que se sitúan en diversas épocas y que tienen otra idea al margen de la vida natural. Debe ser eso lo que ha sucedido: Nathalie Fantome cambia de aspecto y de forma.

Chris movió la cabeza pesarosamente. Empezaba a darse cuenta de que su compañero, antes tan sensato —porque las privaciones dan sensatez—, empezaba a perder el juicio. Ya era capaz de creer cualquier cosa, incluso que se movía por París una mujer muerta oficialmente —y de la verdad de eso no cabía ninguna duda—, en 1912.

Quiso cambiar de conversación. Había llegado un momento en que ya no podía más. Todo aquello la ahogaba.

—Marc —dijo al cabo de algunos instantes—, analicemos un poco los hechos. Intentemos situarnos ante Lacombe entrando en la iglesia de La Plenitude, a la que sin duda fue atraído por aquel anuncio falso. Si él entró fue porque creyó que allí se celebraban unos funerales, pero en tal caso tenía que haber gente, tenía que sonar música… De lo contrario, se hubiese quedado en la puerta.

—El órgano podía sonar sin que lo tocase nadie —murmuró Marc—. Bastaba con un equipo estereofónico portátil.

—¿Y la mujer que fue a la sala Les Arts, para la exposición de arte románico? Esa exposición no se había inaugurado aún, y

aunque las obras estaban en su sitio la sala debía hallarse totalmente vacía de gente. ¿Por qué entró ella? ¿Por qué no se dio cuenta de que no era la única visitante?

—Desde el interior debían llegar algunos sonidos —reflexionó Marc—. Sí, esos sonidos fueron los que la atrajeron y le dieron confianza. Pensó que el interior estaba lleno, y ahora me doy cuenta de que tampoco resultaba difícil conseguir ese efecto. El mismo equipo estereofónico con una cinta que reprodujera ruido confuso de conversaciones y tintineo de vasos. Eso era todo lo que hacía falta.

—Pero a Lacombe lo metieron a la fuerza en el ataúd… Y a esa mujer de Les Art debió recibirla alguien…

—Eso significa —dijo pensativamente Marc— que a Nathalie Fantome la ayuda alguien. Pueden ser uno o dos hombres. Yo diría que dos.

La muchacha reflexionó. Tenía la mirada perdida y las facciones demasiado tensas, demasiado pálidas. Más allá del gran cristal del café se deslizaba la animación de París, el bullicio de París, la tragicomedia de París, pero ella no se daba cuenta de nada. Era como si viviera un oscuro sueño del que sólo pudiera despertar más allá de la muerte. Con voz ahogada preguntó al fin:

—¿Y cómo mantiene a su lado a esos dos hombres, Marc? ¿Por qué no la traicionan?

—Bueno… Pueden hacerlo por dinero, en el caso de que ella tenga algunos fondos. Pueden hacerlo porque una mujer tan hermosa como la que vimos en el cuadro resulta muy apreciable a la hora de conceder su amor a un hombre.

—Pero si ella murió en… en…

—Sí, ya sé. Si ella murió en 1912, no puede enamorarse de un hombre, ni de nadie. Otra vez nos encontramos ante lo inexplicable…

Y Marc se puso en pie después de pagar lo que habían bebido. La luz gris y triste del café les envolvió. Por una asociación de ideas muy explicable, les pareció que todo aquello estaba lleno de hombres muertos.

Al salir a la calle se encontraron con Nagy. El inspector tenía las facciones contraídas, los ojos empequeñecidos y hostiles. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios o a empezar a puñetazos con

las farolas de la calle.

—Les buscaba —dijo.

—¿Para qué?

—Me considero obligado hacia ustedes. Han sido los primeros en entrar en este caso y me han dado alguna idea útil. Por eso les voy a llevar a ver a alguien de quien me acaban de hablar.

Marc susurró:

—¿Quién?

Y Nagy dijo con un soplo de voz:

—Un muerto…

CAPÍTULO XVII

La casa estaba en el *faubourg* SaintAntoine y era en realidad un viejo palacio tronado y comido por la humedad, pero que conservaba una gracia y un estilo. Aislado del resto de las casas por un oscuro jardín, había en aquel edificio algo de complicados secretos que desde el principio marcaron su destino. El hecho de que tuviera además dos entradas de máxima discreción era lo único que le faltaba para ser perfecto.

Desde casi un siglo antes, aquella ilustre casa se dedicaba a albergar amores secretos, lo que lo convertía quizá en el más histórico de París en esta materia. La época de la gran burguesía que nació con Napoleón III y adquirió el espaldarazo con Thiers, había hecho que aquel hotel conociera días de esplendor para terminar siendo un lugar poco menos que ignorado. Pero, pese a todo, el edificio aún tenía algo. Aún había en él el lustre de otras épocas, de otras intimidades. Si las piedras de aquel sitio hubiesen podido hablar, la gente de París se hubiera puesto verde.

La encargada, una mujer aún atractiva, les explicó con voz temblorosa:

—La pareja vino ayer… Luego salió ella sola y me dijo que el hombre se encontraba algo mareado y que pasaría la noche aquí. Me pagó por la habitación el triple de precio y se fue. Yo no me he preocupado hasta esta mañana, al ver que el hombre no salía. Hemos entrado con la llave falsa y… Es terrible, inspector, pero imagino que no nos cerrarán el local por eso. Nosotros no tenemos ninguna culpa…

Nagy no contestó. Sus ojos helados pasearon por la habitación. También pasearon por ella los ojos asombrados de Chris, que era la primera vez que estaba en un sitio así. Claro que lo que vio no sugería ninguna idea de pecado o de placer, sino de desolación y de

muerte.

Allí había ocurrido lo contrario de lo que suele ocurrir en sitios semejantes. A veces, en los hoteles de esa clase un rufián da muerte a la mujer para robarla o simplemente porque es un sádico que se ha enfurecido con ella. Casi no hay hotel de esa clase que no haya registrado una muerte o un delito de lesiones graves en los últimos veinte años. Pero aquí había ocurrido todo lo contrario: es decir, el muerto era el hombre. Estaba en la cama terriblemente blanco, terriblemente desangrado, terriblemente convertido en un pingajo que no parecía haber vivido jamás.

Marc Cristel entró y lo miró con más atención. Sus ojos eran más analíticos, más duros que los de Nagy. Acostumbrado a valorar la fuerza física de un hombre, se dio cuenta de que aquél era un verdadero atleta, pero además… había muerto desangrado. Tenía las marcas de los dientes en el cuello.

Nagy dijo bruscamente:

—Le compro sus pensamientos por diez francos.

—Me parece que estamos pensando lo mismo, inspector.

—Que ese fulano era uno de los dos que ayudaban a Nathalie Fantome, ¿verdad?

—Sí. Y que ella debió cansarse de él. O que debió parecerle peligroso por sus imprudencias. El caso fue que lo eliminó de la forma que para ella era más sencilla y más provechosa del mundo.

Fue esta última palabra la que provocó aquel escalofrío de horror. Fueron esas pocas letras las que les hicieron darse cuenta a todos de que se enfrentaban a lo inexplicable, a lo misterioso, a lo absurdo, a lo irreal. Porque se trataba de un nuevo crimen de la mujer-diablo, de la mujer-vampiro.

Fue Chris la que dijo casi sin voz:

—Pero así se expuso demasiado… Ella pudo matarle en otro sitio, en la casa donde sin duda vive, por ejemplo.

—Tengo la sensación de que nos desafía —susurró Marc—. También lo de aquella niña muerta en el vagón de tren fue un desafío, estoy seguro. Esa mujer-vampiro se considera invulnerable y se está burlando de nosotros. Sabe que jamás podremos atraparla. ¿Pero por qué piensa eso? ¿Por qué? ¿Dónde está su satánica seguridad? ¿A qué se debe?

—A que se cree inmortal —bisbiseó Nagy—. Sí, yo podría decir

eso, pero me faltan fuerzas para pronunciar unas palabras de tal calibre. Y sin embargo… O ella parece inmortal, o ella es invisible, o tiene alguna seguridad que nosotros no podemos entender. ¡Pero que por fuerza ha de ser algo muy sencillo! ¡Quizá dramáticamente sencillo!

Y se volvió.

La encargada le miraba con los ojos muy asustados y muy abiertos.

—¿Van a cerrar la casa? —preguntó—. ¿Piensa que nosotros tenemos alguna culpa?

—No. También revienta gente en los hoteles normales y no los cerramos —dijo Nagy—, y además esto casi es un museo, maldita sea. Oiga… ¿Se acuerda de aquella mujer?

—Claro que me acuerdo, inspector.

—¿Era ésta?

La encargada miró la foto que ya conocía toda Francia.

—No —dijo—, claro que no. ¡Pero si esta cara la conocen hasta los perros vagabundos de las calles! ¿Cree de veras que la hubiéramos dejado entrar aquí?

—Entonces, ¿cómo era?

—Muy bonita.

—Eso se da por supuesto. ¿Qué más? ¿Sería capaz de dibujarla?

—No, no tengo una memoria gráfica. Sólo sé que se había puesto unas gafas oscuras y que era morena, muy distinguida, de líneas más bien llenitas… Una mujer de las que gustan a los hombres, se lo digo yo.

—¿Morena? La fotografía que le estoy mostrando es la de una mujer rubia.

—¿Y qué quiere que le haga? Ése no es asunto mío.

—¿Se parecía en algo a ésta?

—No, no se parecía en nada.

Era la misma respuesta que habían obtenido del empleado de ferrocarriles que estaba en la estación de Lyon. Y todos sintieron una vez más que se enfrentaban a lo irreal, a lo imposible, a lo que no tenía sentido. Porque había algo más, y esto era evidente. La mujer-vampiro les estaba desafiando…

Chris sintió una arcada.

No podía más.

—Por favor —gimió—, vámonos de aquí.

Nagy se quedó porque tenía que hacer una serie de comprobaciones oficiales, pero ellos dos salieron como sonámbulos. Había momentos en que tenían la sensación de que las calles giraban locamente, de que la gente se desvanecía. Marc dijo al fin, cuando salían a la vieja plaza de la Bastilla:

—Esas fotografías que se han distribuido por todas partes parecen perfectas, pero quizá no han logrado captar la riqueza de matices del cuadro, sus tonos, su color especial… Tal vez la gente tuviera que ver realmente el cuadro para reconocer a la mujer que figura en él.

—No, Marc. Las fotografías, aunque hechas en gris, son perfectas. La cara la reconocerían igualmente.

—Tienes razón.

—Reconozco que aquel cuadro tiene una gran riqueza en color —murmuró ella mientras andaban pensativamente—, e incluso me extraña que no le hayan dado ningún mérito. Yo sé que no es una obra de museo, pero tampoco para tenerla olvidada allí, muerta de asco… Sobre todo los púrpuras son perfectos. Sí… Esos púrpuras que…

Se detuvo.

Marc musitó:

—¿Qué te pasa?

—No, nada.

—Estabas hablando de los colores púrpuras.

—Bueno… Es una tontería mía. No tiene importancia.

—Pero has recordado algo, algo que en el primer momento sí que te ha parecido importante.

Ella echó un poco la cabeza para atrás mientras susurraba.

—Verás… Por mis ojos han desfilado tantos cuadros que he llegado a conocer los colores, el estilo de muchos pintores contemporáneos. Y esos colores púrpura casi inimitables… Esa tonalidad especial… Estoy pensando que sólo hay un pintor que la tiene. O que la tenía.

—¿Quién?

—Pierre Lacombe.

Marc Cristel sintió un estremecimiento brutal, un estremecimiento que le llegó hasta el fondo de los huesos.

—¿Pierre… Lacombe?

—Sí.

—Pero, entonces, el cuadro que vimos… no pudo ser pintado en 1912… O antes… en 1909…

—Eso es lo que pienso, Marc, pero reconozco que es una tontería, una cosa que no tiene sentido. Seguramente estoy pensando algo que no debí pensar.

Marc chascó dos dedos.

—Vamos hacia allá —dijo.

—¿Adónde?

—A un sitio que puedes adivinar sin demasiado esfuerzo. Sígueme…

* * *

El edificio donde estaba instalado el Análisis General de Pintura daba la sensación de estar vacío. Las sombras lo envolvían quietamente, casi dulcemente. Los dos se aproximaron por la calle tranquila, casi desierta, y pisaron las escaleras casi con un religioso temor. Captaban en sus nucas un aire inexplicable y extraño, un soplo que parecía llegar del Más Allá.

El hombre que les había atendido la primera vez no estaba en su puesto. Como allí había tan poco trabajo, debía encontrarse en algún bar cercano. Los dos se introdujeron como sombras, parecieron flotar en el aire, se hundieron en aquel mundo misterioso, cargado de recuerdos, en el que imperaba la señorita Meliés.

Todo estaba vacío también abajo.

Silencioso.

Como muerto.

Un polvillo de siglos flotaba sobre los objetos, sobre los papeles y los muebles, sobre los cuadros de los que ya no se acordaba nadie. Las sombras del olvido lo llenaban todo, lo confundían, le daban un aire especial de muerte. El hombre y la mujer captaron sus propias pisadas como sonidos lejanos, extraños, como sonidos espectrales que fueran causados por otros.

Vieron los pasillos vacíos.

Las sombras.

Los recovecos donde daba la sensación de que, durante siglos, no

había entrado nadie.

Las manos de Marc movieron los cuadros.

Tenía que estar allí, en el sitio donde lo vieron por primera vez. Claro que tenía que estar allí… ¡ALLÍ!

Giraron el cuadro.

Y de pronto las facciones de Chris sufrieron una sacudida. De repente sus manos parecieron arañar el aire. Su cuerpo se arqueó mientras Marc apretaba los puños.

Porque el cuadro que tenían delante era, en efecto el que vieron pocos días antes, pero ahora la pintura se estaba descomponiendo, estaba resbalando, estaba desapareciendo para mostrar lo pintado realmente debajo, el cuadro auténtico, el que verdaderamente se quiso ocultar pintando otra cara encima. Allí estaba la auténtica cara de la mujer-diablo, allí estaba la verdadera Nathalie Fantome. Pero esa cara era al mismo tiempo la de alguien más, a quien ellos conocían. Era la cara de… ¡de la propia señorita Meliés!

CAPÍTULO XVIII

Marc Cristel miró aquello como si estuviera hipnotizado, como si fuese una mentira, una alucinación, pero mientras tanto sus pensamientos volaban como caballos desbocados. Mientras tanto se daba cuenta de muchas cosas que de pronto pasaban a tener una explicación, un sentido y una lógica.

—Ahora lo tengo… —bisbiseó—. Nathalie Fantome desapareció realmente en 1912, al morir, pero tenía una hija que sin duda ocultó su identidad para que no la relacionaran con una mujer-vampiro linchada en la cárcel. Su sentimiento resulta lógico porque esa hija de la que llegó a perderse la pista era una mujer honrada y normal, como casi todos los Fantome. Pero la hija de esa hija, o sea la nieta de la mujer que aparece en el cuadro, no era ya normal ni honrada. Estaba marcada por la maldición de los Fantome. Era una loca, una mujer-vampiro.

Chris bisbiseó:

—Por lo tanto la que ahora usa el nombre de… de señorita Meliés…

—En efecto, y además no dudo de que ése debe ser su apellido legal, puesto que su madre había renunciado a toda relación con los Fantome. Es muy posible que la señorita Meliés cometiera ya algún asesinato antes de ahora, pero su sed de sangre iba creciendo, desbordándose, haciéndose más intensa cada vez, hasta que eso le hizo comprender que sus crímenes llegarían a hacerse frecuentes de una manera irresistible. Por lo tanto tenía que buscarse una coartada y la buscó. En cierto modo era perfecta.

—¿Qué coartada, Marc?

—Ella se empleó aquí y tal vez no por casualidad, ya que sabía que en este lugar estaba depositado el cuadro con el retrato de su siniestra abuela, a la que ella se parecía como dos gotas de agua.

Sacó la pintura de aquí, lo que no le debió resultar nada difícil y la llevó al taller de un pintor al que había conquistado con sus armas femeninas supongo: Pierre Lacombe.

—¿Para qué él pintara otra mujer encima? —bisbiseó Chris.

—Exacto. La tela era antigua de verdad y los datos del registro eran auténticos, de forma que lo único que hacía falta era que Lacombe pintara otro rostro encima, un rostro imaginario, pero empleando las mezclas de pintura que se hacían en el primer decenio del siglo. Él lo logró, aunque las tonalidades de su estilo quedaron un poco de manifiesto. Por eso tú te fijaste en los púrpuras.

—¿Y qué buscaba ella por tanto? ¿Que toda la policía del país buscase a una mujer imaginaria, una mujer que no existía?

—Exactamente eso. Ella había hecho desaparecer las fotografías de su abuela en todas partes donde podían encontrarse, para hacer imposible una identificación. Pero estaba segura de que al final alguien acabaría viniendo a ver el cuadro de la Fantome… ¡y entonces se encontraría con otra cara! ¡La señorita Meliés podía estar bien tranquila y pasear con su verdadero rostro! ¡Todo el mundo buscaba a otra!

La voz de Marc se había hecho ronca, espesa. Casi llegaba a ahogarle. Y también la voz de Chris era sorda y lejana cuando ella balbució:

—Pero entonces, ¿por qué se ha descompuesto esa pintura hasta dejar al descubierto el antiguo cuadro otra vez?

—Doy por descontado que fue la treta, en cierto modo la venganza de Lacombe —susurró Marc—. Él sospechaba algo y debía tener miedo. En consecuencia empleó pinturas que sólo duraban un tiempo, antes de descomponerse. Con ello complacía a su amiga y al mismo tiempo tenía tiempo para comprobar si eran verdad las sospechas. En caso de que no lo fueran, siempre podía pedirle perdón y explicarle la verdad… Lo que no imaginaba era que él estaba destinado a ser la primera víctima. Para esa mujer… ¡era un hombre que sabía demasiado y que tenía que morir!

Marc terminó estas últimas palabras con una entonación casi angustiosa, casi amarga. Había llegado al final de aquel laberinto, a la última frontera de aquel universo de horror y sin embargo no estaba satisfecho. Había desgarrado con sus manos la cortina del

misterio… ¡pero aún no había entrado en el Más Allá! ¡Aún tenía que dar con la loba!

Y de pronto oyeron los dos aquel crujido a su espalda. Era algo que nada tenía de misterioso, porque lo reconocieron perfectamente. Era el ruido de una pistola al ser montada. Esta vez la mujer-vampiro no iba a emplear sus hermosos labios. Iba a utilizar algo que acabaría con los dos mucho más rápidamente, mucho más silenciosamente…

Fue Marc el primero en ver el largo tubo en que terminaba la pistola que les estaba apuntando. El silenciador era de un buen modelo y allí nadie se enteraría de nada. Fue también el primero en ver los ojos de la loca, los labios de la loca, la figura estremecida de la loca…

Era la «señorita» Meliés.

Era aquella reina de las sombras.

Aquella soberana del Más Allá y del reino de la muerte.

—El otro auxiliar que tenía también ha muerto —barbotó—. Exigía cada vez más, quería dominarme, quería llegar a ser mi dueño… Aún no habéis descubierto su cadáver, pero ya aparecerá… como aparecerán los vuestros. Y de ese cuadro que tenéis ante los ojos nadie más volverá a saber nada. Lo quemaré. Nada tan fácil como provocar un pequeño incendio del que nadie me echará la culpa… Y vosotros no podréis contarlo ya jamás… ¡Jamás! ¡JAMAS!

La mano con la que empuñaba la pistola temblaba, pero Marc Cristel se dio cuenta de que haría blanco de todos modos. No podía fallar a aquella distancia. Y se dio cuenta también… ¡de que ya no iba a tener tiempo de saltar contra la mujer! ¡De que ella apretaría el gatillo antes!

Desesperadamente intentó cubrir a Chris. Al menos que la primera bala no fuese para ella. Sus dientes chirriaron mientras le parecía sentir el choque brutal de la muerte…

Y de repente aquella cabeza tan hermosa estalló, aquella mirada enigmática se extinguió, aquel cuerpo tentador se enroscó en el aire. La bala, disparada desde arriba, había alcanzado en mitad de la frente a la descendiente de Nathalie Fantome. Ésta se derrumbó sin lanzar un gemido, sin darse cuenta de que moría, sin poder decir una palabra…

El inspector Nagy bajó las escaleras poco a poco. En su derecha

descansaba la pistola reglamentaria y en sus labios flotaba una sonrisa triste. No podía decirse de ningún modo que fuera un hombre feliz.

Pero había liquidado el caso.

Había terminado al fin con aquella horrible pesadilla.

El soplo del Más Allá ya se había extinguido en el aire.

No volvería.

—A veces el seguir a la gente es una buena costumbre —fue todo lo que dijo Nagy—. La verdad es que confiaba en vuestra perspicacia y vuestra lógica, y estaba seguro de que me llevaríais a alguna parte. Veo que no me he equivocado.

Marc dijo con un hilo de voz:

—Pues por poco le conducimos al único sitio que no nos hubiera gustado, maldita sea. A nuestra tumba…

* * *

Marc Cristel disco el número de teléfono de Couchelle. Ahora ya tenía la historia, ahora ya podía abrirse camino, ya podía empezar… Con el corazón lleno de esperanzas, mientras Chris estaba a su lado, esperó oír al otro lado del hilo la voz del editor.

Pero en lugar de eso oyó una voz femenina ronca, airada, espesa…

—¿Couchelle? ¿Ese bandido? —Bramó la voz—. ¿El granuja de mi marido? ¿Dice que le va a editar una cosa? ¡Qué cuerno! ¡No podrá editar más que su propia partida de defunción! ¡Lo he enviado al hospital! ¡Lo menos tiene para seis meses!

—Pero… pero… —balbució Marc—. ¿Quién es usted?

—¡Su esposa! ¿Le parece poco?

—No, no es que me parezca nada, pero ¿por qué?

La voz dijo antes de que colgaran:

—Porque se fijaba demasiado en la profesora de yoga…

Marc Cristel por poco se cae. Menos mal que le sostuvo Chris. Y es que a veces, tener una mujer al lado, es mejor asunto de lo que parece.

Siempre que no se llame Fantome, por supuesto…

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015)
fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983, El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece

por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).